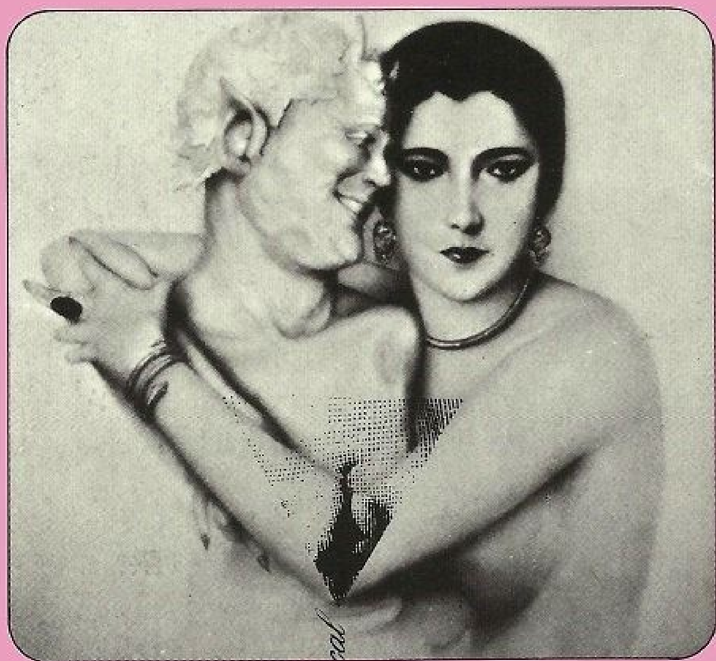
Alberto Lattuada

Diario de un gran amador



La sonrisa vertical



A quienes recuerden las deliciosas películas del cineasta italiano Alberto Lattuada, allá por los años cincuenta, no les sorprenderá encontrar hoy este libro suyo publicado en una colección de narrativa erótica. Como confiesa el propio Lattuada en su «Introducción»: «El cuento *Diario de un gran amador*, por ejemplo, fue escrito en 1942; esta fecha revela que mi fidelidad a la esencia de la belleza femenina nunca se extinguió en mí».

De hecho, así es: el último de estos siete cuentos es de 1980. «Las fulguraciones», continúa reconociendo el autor, «no desaparecen con el andar de los años; en realidad, estoy convencido de que siempre permanecen al acecho mientras la memoria ilumina momentos lejanos con una evidencia de contornos que roza la nostalgia».

Películas como *Ana, Carta de una novicia* y *Guendolina* dejaban ya imaginar el mundo erótico secreto que animaba a Lattuada en unos años en que tan sólo manifestar un deseo era ya pecado. En estos cuentos, que permanecieron largos años en el fondo de un cajón, el lector cinéfilo descubrirá todas las más íntimas fantasías que el cineasta evitaba exhibir en imágenes y que, en cambio, en la privacidad de una hoja en blanco, pudo expresar con entera libertad.



Alberto Lattuada

Diario de un gran amador

La sonrisa vertical - 50

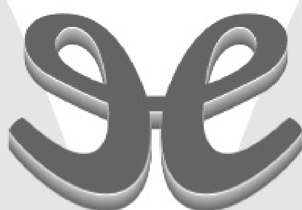
ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *Diario di un grande amatore*
Alberto Lattuada, 1980
Traducción: Carmen Artal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ANIVERSARIO


epublibre


EDICIÓN
PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
CONMEMORATIVA

Introducción

Los relatos recogidos en este libro han sido escritos en un amplio espacio de tiempo. «El Diario de un gran amador», por ejemplo, lleva la fecha de 1942, y este hecho demuestra que mi devoción a la esencia de la belleza femenina viene de muy lejos. Han cambiado los ejemplares que poder observar con amor, si bien las formas y las palabras tienen acentos que respetan una relación natural en evolución continua y en continua repetición. Las fulguraciones no se apagan con el transcurso de los años: de hecho estoy convencido de que siguen acechándonos mientras la memoria recrea momentos lejanos con una evidencia de contornos rayana en la nostalgia.

Sólo en el momento de decirle adiós a la vida se pueden proferir las palabras sublimes de Leopardi:

Or poserai per sempre,
Stanco mió cor… assai palpitasti[1].

Y hoy más que nunca, cuando nos vemos sometidos al asedio y al incordiante chantaje del poder que quiere espiar nuestras vidas, cuando se debe constatar cruelmente que cada papeleta de voto lleva a la tediosa repetición de errores ya conocidos y apenas encubiertos por la promesa falaz de las «reformas» o de la «revolución».

El humorismo puede salvarnos del tedio y del desencanto, y el amor, en sus momentos fugaces instantáneos o en sus largas y tortuosas historias entrelazadas a lo largo de una vida, puede en efecto contener un atisbo de verdad. La belleza puede iluminar los resquicios que nos han dejado para respirar entre el

sofocante vaho de las ideas enmohecidas desde hace siglos. La belleza es consolación y resarcimiento, es una imagen de eternidad y reflexión deslumbrante de la fuerza original llamada dios. Las palabras de estas páginas, que he escrito en raros momentos de paz, son un testimonio asaz modesto respecto a la enorme ola que siento dentro de mí cuando una luz especial rompe la telaraña que nos envuelve para confundirnos las ideas y recluirnos en la banalidad. Aunque modesta, es una prueba que ofrezco con amistad al lector.

Alberto Lattuada
(1980)

Diario de un gran amador

Hoy he visto a cuatro esposas, mejor dicho a cinco, la última en el mismo instante en que subía al autobús y ya era demasiado tarde para bajar. Cinco muchachas que me habrían ido bien como esposas. Mirada recatada, vestiditos confeccionados por modistas caseras. No consigo diferenciarlas, en la memoria, a una de otra, pero estoy seguro de que todas ellas eran recomendables por un igual. Por lo menos tres iban acompañadas de su madre. Con bolsitos de piel colgados del hombro, como ahora se lleva, y algún que otro paquetito en la mano. Habrán comprado sostenes o minúsculas braguitas, triangulitos rosa ceñidísimos.

Caminaban como es de rigor, siendo jóvenes vírgenes, con paso nada estudiado, simple y elástico. Recuerdo: una llevaba ya las piernas desnudas, cosa excepcional dada la estación, y llevaba sandalias muy planas que la hacían parecer descalza. Sandalias que no producían el menor crujido y que eran una misma cosa con el arco del pie.

Al entrar en casa he llegado a tiempo de echar una mirada a la hija de la portera.

He abierto la ventana a las ocho de la mañana. En la casa de enfrente había el acostumbrado desorden. Mi mirada ha reparado enseguida en un objeto rosa y se ha detenido a contemplarlo. Se trataba de un camisón abandonado sobre una cama conyugal deshecha, un camisón dejado caer por la mujer antes de ir a lavarse al cuarto de baño, y ondulaba, temblaban todos sus volantitos bajo el fresco airecillo de la mañana. Conservaba, a pesar de su aireación, toda la tibieza de la larga noche. ¡Oh, la deliciosa intimidad entre marido y mujer, las caricias, las palabras!

Ahora la mujer vuelve a la habitación. Por prudencia

me retiro tras un postigo y miro a través del encaje de los visillos: no quiero que la mujer, al reparar en mí, controle sus propios movimientos naturales o incluso llegue a cerrar la ventana por pudor. Lleva una batita azul claro. Ahí está, se ha visto media pierna hasta la rodilla. Una intensa punzada en el corazón. Sigo sus movimientos con atención. Veo sobre la nuca una melenita ondulante de cabellos rubios. Parece imposible que pueda ver a esa distancia, pero no hay duda de que mi vista es extraordinariamente aguda. La joven mujer se mueve con rapidez, la batita la sigue con cierto retraso y forma una pequeña estela detrás de sus pasos, mientras sobre los muslos la seda se ciñe a la carne y el contorno de la pierna hasta las caderas, allí, se descubre entero perfectamente. Es una esposa deseable.

Podría haber sido mi mujer si me la hubiesen presentado a tiempo. Podría cortejarla, empezando desde esta ventana con las miradas, y conseguir hacerla separarse del marido. Estoy convencido de que con ella viviría feliz.

Ya es la hora: tengo que ir a la universidad. En el tranvía de extrarradio hay oficinistas y obreras, secretarias de industriales, telefonistas de voz armoniosa, costureras y modistillas jóvenes sin sombrero, pero perfumadas.

Esta mañana la gente iba más apretujada que nunca. Tras un brusco movimiento me he encontrado entre las manos el culo de una mujer más bien gruesa; he permanecido pasivo, inmóvil, a merced del tranvía, pero estaba atormentado por el hecho de no poder ver la cara de la señora. Temía tener que lamentar luego el afectuoso acercamiento. El codo de mi brazo derecho reposaba en la concavidad de la cintura de una chica vestida únicamente con una bata negra, y se encontraba en la gloria. He observado que la sensibilidad de mis codos ha aumentado de una forma increíble. Con los codos toco como con las manos. Y no hablemos ya de las rodillas.

Recuerdo un trayecto en tranvía de hace apenas dos

días. Mi rodilla derecha se había encontrado con las piernas de una chica (tal vez empleada de banco) que leía un libro con la cabeza baja. Sus rodillas estaban pegadas una junto a otra, duras como el pedernal, y la falda del traje chaqueta, de escasa circunferencia, las mantenía todavía más apretadas. De pronto, la mía, empujada irresistiblemente por la presión de otros y ayudada por la sacudida del vagón, entreabrió la tenaza y empezó gradualmente a entrar. Una agradable tibieza envolvió al hueso de mi rótula. La chica hizo como si se apartase, pero luego se adaptó lentamente y al final se dejó resbalar un poquito del asiento hacia mí. Observé asimismo que releía la misma línea muchas veces con mirada velada por la oscilación del tranvía, y no pasó la página hasta que me aparté.

Al bajar tuve ocasión de rozar algunas partes delicadas con absoluta impunidad; los rápidos movimientos de todos los pasajeros crean un desbarajuste favorable.

Las chicas de la universidad son casi todas feas, no es como en el instituto, al que llegan las más guapas del barrio.

Fue en el instituto donde conocí a Giuseppina. Aquella preciosidad de raza judía tenía un pelo negrísimo y ojos rasgados como las chinas, una naricita de bella forma aquilina, manos blancas de marfil y piernas nada feas, aunque algo gruesas en las articulaciones. Pero su boca encarnada, siempre húmeda, era muy atractiva y toda su aterciopelada persona invitaba al abrazo. Sentado en el banco detrás suyo, podía acariciarle la espalda y también más abajo, la cogía por los codos a través del cajón de los libros y la atormentaba a más no poder. Al final de la clase estaba colorada como una amapola y suspiraba.

Pasé tres años sin ceder la posición de privilegio detrás suyo. Pasaba luego al banco de Giuseppina y, pegado amella, contenía las risas, cogiéndola por la cintura y hasta algunas veces besándole fugazmente la mejilla junto al fragante cabello de adolescente, pasaba horas muy hermosas.

Me va a estallar la cabeza porque no consigo organizar en una todas las formas observadas en estos días: cien mil piernas (y otras cosas) que podría dibujar fielmente con un lápiz negro.

Las últimas son las de Isa, que ha vuelto de la playa. La tengo frente a mí, se sienta sobre el columpio y toma impulso con el pie apoyado en el suelo, luego se balancea con el peso del cuerpo. El pie estirado, la pierna resplandeciente y dorada, la rodilla lisa; una sombra cálida trasluce bajo el vestido de seda finísima y pálida, de florecitas deshojadas en pétalos. El vestido se agita por el viento que ahora lo acaricia y ahora lo levanta y lo enrosca hacia arriba como si fuese una ola, ¡y la sombra cálida se mueve y toda la pierna está desnuda, las dos piernas bellísimas! Isa siempre ha sido famosa por enseñar las piernas sentándose en posturas increíbles en presencia de la madre o del padre. Desde que tenía doce años su mayor afición ha consistido en levantarse las faldas y volver locos a los chicos.

Ahora que tiene veinte las cosas van por un lado, aparente, algo mejor y por otro a toda vela.

Me he hecho un lío porque quería primero hablar de Babe. Esta negra de Nueva York tiene las palmas de las manos y de los pies color de rosa y sobre las sienes un vello casi violeta, lo mismo que en el pliegue de las axilas y en los demás pliegues. Sus rodillas se tocan ávidamente; casi parece, a primera vista, al primer golpe de efecto, que sus piernas estén, en las rodillas, un poco torcidas hacia dentro, pero no es así. Es todo un engaño de su paso suave y lánguido, como de alguien que estuviese a punto de caerse al suelo y que continuase caminando sonriendo. Y esta languidez hace que se toquen sus rodillas y sus muslos y liga el paso y lo liga todo como una salchicha que se enrosca sobre sí misma.

Su voz algo velada y gutural enseguida me resultó dulce; y cuando aceptó la primera cita temblé de amor mirando sus labios.

Caminaba por el parque húmedo y caluroso de la

ciudad. Habría jurado que bajo el vestido de seda no llevaba nada; en verano se paseaba así, poco faltaba para que caminase descalza apoyando las largas plantas de los pies sobre el asfalto.

La persuadí a subir a una torre de hierro altísima desde donde se divisaba toda la ciudad con las luces encendidas, que dibujaban el trazado de las calles y los vacíos de las plazas, bordeadas a lo largo y a lo ancho por el tráfico nocturno. Cuando el ascensor volvió a bajar y nos quedamos solos sobre la torre, en la oscuridad, aspiré el aire fresco e hice acopio de todas mis fuerzas para dominar la emoción; sin duda el sitio estaba bien elegido.

La abracé por detrás, la hice volverse hacia mí y me arrojé sobre su boca. Para lo que vino luego no me hallaba preparado: fui engullido en la vorágine de su boca ardiente, donde por un instante, el último antes del beso, había visto brillar sus dientes. ¿Dónde estaban los labios? Aquello caliente y licuefacto que me asfixiaba no tenía forma y lo imprevisto del incidente me había privado del control sobre mí mismo. De puro milagro, por encontrarme en una posición equilibrada, no me caí al suelo.

Ella seguía besándome y yo sentía agitarse su carne y vi en su ojo semicerrado al demonio africano.

Un día me telefoneó: lloraba asustada por la tormenta. Fui volando a casa de Babe. Cada vez que el trueno retumbaba se echaba a temblar y yo la abrazaba. Eso fue todo.

La roja la blanca la verde la dorada, la de la derecha que pasa a la izquierda, da la vuelta al fondo, ¿dónde se ha escondido? Es más guapa la de la izquierda que pasa a la derecha y se acerca, pero enseguida ¡pardiez!, va a perderse en el fondo. ¡Qué nalgas! ¡Y los hombros! ¡Cielos! Como los de Nápoles o los del Louvre, si no me equivoco, pero era mármol, mármol caliente por el sol del gran ventanal. ¿Y la acariciaste? Vaya si la acaricié. ¡Diez francos al vigilante y a salir pitando!

Me levanto de la cama después de siete días de dolor

de cabeza. El médico dice: ¡hum!

Babe al parecer es rica. De vez en cuando va a la central de correos y recoge una carta certificada que lleva sellos de Angola; dentro van cheques. De su vida no quiere explicar nada. Sigue vistiéndose con los colores de los negros: verde guisante, rosa, negro, naranja, marfil. Elegante, perfecta. Casi cada día tiene dolor de cabeza y se traga tubitos de Veramón y bebe diez tazas de té. Le he dicho que morirá pronto entre estas nieblas del continente y Babe me ha mirado con mucha tristeza en sus ojos extraviados:

—Sí, ya sé que moriré pronto y por eso no quiero padecer de dolor de cabeza ni siquiera un minuto.

Me he enterado de que Babe ama contemporáneamente a tres hombres. También tiene un marido celosísimo al que ella engaña de mil maneras, pero creo que todo eso durará poco tiempo.

—Durará —me dijo ella misma—, lo que tenga que durar y luego me matarán a pistoletazos.

Y debo decir que con toda su dulzura y fiereza, con toda su naturaleza bestial, de buena gana la habría matado inmediatamente yo mismo. Le sonreí y estreché su cuello con las dos manos, lo justo para una caricia. Babe lo había entendido y me provocaba girando el cuello aprisionado entre mis manos sin intentar defenderse, los párpados caídos, la boca entreabierta en una imperceptible sonrisa.

—Bésame —dijo—, y ahora bésame la garganta, bésame la palma de la mano, bésame las sienes. Querido amor mío, amor, amor, te adoro…

—¡Oh, Babe! —grité sofocado por el deseo—. Queridísima Babe, Babuchita, sí, Babuchita, ¿por qué no huimos de esta ciudad? Sígueme, haz la maleta enseguida, no hay que perder un minuto. ¿Lo has entendido? Sé que me engañas y no estoy dispuesto a tolerar…

—¿Engañarte a ti? Pobre imbécil…

Esas fueron sus palabras y profirió un chillido

agudísimo echándose hacia atrás y se reía, se reía con los dientes blancos y afilados.

Non mi seccate
non mi toccate
sono Cocò
ladomidò.

Una nadería. Sin embargo, separando las sílabas y acentuando dos veces se obtiene un efecto insospechado en una primera lectura, que sólo da el sonido musical del último verso[2]. Compuse esta cancioncita para una actriz de varietés.

No he superado al incomparable marqués de Ratenau von Kronnen, quien compuso la siguiente maravilla:

Lo ormai ciunto
età decrepita
a mi la tonna
fenuta ensipeta
perciò montare
mio velocipeta
e march!
Vienna ancor[3]*!*

El índice apuntando hacia la esplendorosa ciudad, los ojos resplandecientes, los bigotes tiesos, von Kronnen es la imagen de todo un siglo de placeres. He tenido ocasión de tratarle, al marqués octogenario, a través de su mujer, Inge, de treinta y cuatro años (también vienesa).

Su mujer Inge en la playa, bajo su bañador elástico, parece a punto de explotar. Los senos, los muslos. ¿De qué fibra trenzada estará hecho el bañador para contener todo aquello? El médico me ha seguido a la playa sin que yo lo sospechase, dice que el sol juega muy malas pasadas. Ahora que me he cortado el pelo al cero, como extravagancia veraniega, el sol cae directamente sobre mi cráneo. Hoy veía a tres Inges que salían del agua y se daban palmaditas en los muslos bronceados.

Soy infalible. A cuatrocientos metros de distancia o incluso más, he visto a una guapísima chica con impermeable negro brillante. He conseguido seguirla hasta el cine y sentarme a su lado.

«Mi primo…», susurraba de vez en cuando mientras yo intentaba rodearle los hombros con mi brazo fingiendo apoyarme en el respaldo de la silla.

El primo entró de verdad y se quedó un buen rato en la oscuridad sofocante echando su aliento feroz sobre nuestras nucas. Pero no tuvo el valor de enfrentarse a mí y al final se marchó. Ella sonrió desdeñosa y aceptó mi cita para la noche.

Durante la cena en casa del N. H. R. de R.[4] me hallaba muy impaciente, por más que sobre el mantel blanco y deslumbrante de cristales asomasen los diez senos de las señoras y señoritas invitadas. Al agacharme para recoger un broche de la condesita Z. de Z. tuve ocasión de observar los diez pares de piernas. La baronesa T. de C. había sacado sus pies de los zapatitos de charol; en compensación las faldas de la señora Carnevali in Cristoforis eran tan cortas que permitían ver más de lo debido, ¡y las piernas cruzadas de la señora Mimí eran tan atractivas! Un piececito se estiró hacia mí como en un saludo. No había tiempo para llegar a nada y tuve que reincorporarme.

Cuando sirvieron el café en el salón me despedí. Llegué jadeante a la cita. Apunté al seno derecho y recibí una bofetada que me dejó turulato. Aquel encanto parecía querer matarme. Una novedad: intento besarla y ella me deja acercar los labios un instante y luego se ríe y me da una bofetada salvaje. Yo se la devuelvo con todas mis fuerzas y ella se ríe con la mejilla ardiente; acto seguido le acaricio una rodilla y recibo un mordisco en el pulgar de la mano derecha. Intento otras caricias y cuando me parece que todo está allanado me llega una descarga de puñetazos en la cabeza. Entrada la noche me encuentro jadeante y machacado a orillas del mar.

Aflora el recuerdo de la bofetada recibida de Paola en

bata delicadamente rosa a las nueve de la mañana en los peldaños de una escalerita.

Ahora veo que algún arañazo sangra. Olga ¿por qué? Olga maravillosa.

He ido a cortarme el pelo, que empezaba a volverme a crecer. Esta vez primero la maquinilla, luego la cuchilla de afeitar, una enjabonadura que parecía almíbar, todos los clientes miraban. Ahora el sol se refleja resplandeciente sobre mi cráneo. Con el médico he tenido una conversación que ha durado una hora; me he dado cuenta de que es un perfecto cretino y que además me odia. Pretende que vaya a descansar a una villa de unos conocidos suyos.

—Antes de que sea demasiado tarde, te hablo como un amigo —me ha susurrado.

No sabe que estoy enamorado de la criada de la señora Inge. ¡Cielos! Una criada de Friuli, enorme, tan gorda que no sé cómo puede mover las nalgas y los muslos. Parece una locomotora de vapor que a duras penas pueda empujar los pistones. ¡Ven aquí, que te empujo yo! Bajo la ducha he rozado el cuerpo de Inge mientras su marido, sentado a la sombra a la orilla del mar, limpiaba los cristales de las gafas negras. ¡Zeiss!

La misma noche sigo a Inge durante diez minutos. En el cine se ve un desfile…

tam tam tamtaratà
tam tam tamtaratà
taratà zum zum
taratà zum zum
taratà taratà taratà zum zum

y encabezando el desfile una chica con las piernas desnudas, deslumbrantes, vestida de lame plateado con el pesado bastón en la mano y la bola en la punta del

bastón.

Inge me sonríe y me guiña un ojo, un instante después me sonríe también la criada que sostiene la barbilla del octogenario marqués para que pueda ver la pantalla. También la chica del local me sonríe y se estira el delantalito de blonda sobre las piernas. En la pantalla sale una gran diva. Cada vez que aparece la atractiva mujer mi oído infalible percibe un suave crujido; soy el único en descubrir el pequeño misterio, se requiere una gran sensibilidad, tener los sentidos electrizados.

Me explico: el señor que se sienta en la fila de atrás tiene un rostro afilado, ojos hundidos, cabello fino y endeble; tiene el sombrero de fieltro en la mano y cuando aparece la diva acaricia el ala, y si la escena se anima acaricia con mayor insistencia, cuando el primer plano es breve basta una rápida caricia, con el beso que concluye la escena una mórbida y abandonada caricia. Todo sincronizado. Pero nadie, nadie en absoluto se da cuenta de nada. Deberían detenerle.

En el balneario se baila. Las orquestas son dos y en consecuencia en la pista las piernas, los brazos y todo lo demás no dejan de subir y bajar. Me siento en la mesa de Inge y le hago una carantoña al marqués, que parece ofendido por esta familiaridad; en el mismo momento pellizco a la criada que sostiene al marqués y acaricio como un rayo el hombro de Inge mientras la ayudo a bajarse el echarpe. Qué hombros dorados y qué seno dorado (toma el sol desnuda). Con el pañuelo me seco el sudor que me hiela la frente. Pero Inge no es nada si se mira a su amiga con las piernas cruzadas vestida de satén blanco. Es un tejido que debería estar prohibido.

Una voz ardiente como el fuego se difunde por la sala; en el micrófono una chica… ¡Dios mío!, está completamente desnuda… alt… lleva un traje de baño rosa. Me dirijo a Inge. A través de las mesas veo brillar las gafas de oro del médico. ¿Qué quiere ese mentecato? ¿Y qué tendrá que ver él con los baños de mar?

—Las piernas —murmura el marqués en un susurro—

las piernas de Nina son tan largas como las de Joséphine. —Y sonríe sumido en algún lejano recuerdo.

A Inge le digo tales cosas que ella, a pesar de ser vienesa, se pone colorada, pero tampoco se atreve a rehuirme. Las luces cambian a violetas para el lento.

Me estrecho contra Inge y le hablo al oído ardientemente y es tal mi fogosidad que ella no se da cuenta de nada. Rozo su mejilla con los labios sin dejar de hablar y mira por dónde me ha salido todo como quería. De hecho, cuando vuelven a encenderse las luces, con un solo gesto, invitando a Inge a bailar, la dejo desnuda bajo el resplandor de las lámparas; la cremallera brilla sobre el montoncito de seda de su traje.

—¡Señores! —grité alegremente—, la mujer más guapa del mundo…

La criada de Inge puso los ojos en blanco, ciertamente enfurecida por un ataque de celos; con un gesto violento hizo girar la cabeza del marqués von Kronnen en dirección a la escena. Entonces el marqués, con una energía inusitada, se puso de pie gritando:

—Considérese…

—Cuidado —corté sin contemplaciones agarrando una botella por el cuello—, voy a romperle la cabeza, pero es sólo una broma.

Diez manos me sujetaron, las gafas de oro del médico volaron hechas añicos.

La furgoneta corre a lo largo de la costa soleada. El médico lleva unas gafas provisionales de imitación de concha y me mira fijamente. Yo le devuelvo la mirada. En sus gafas se refleja el cristal de la ventanilla y las imágenes de la carretera. Desfilan las piernas, los muslos de las ciclistas que van a bañarse a playitas secretas.

Las piernas de las ciclistas, los muslos de Inge de pie en equilibrio en la punta de una estaca, las gruesas nalgas de la criada que no puede caminar, el traje de Inge que estalla, las plantas de los pies de Babe, primero rosa y

luego rojas de sangre herida a navajazos…

El médico me vigila, me escruta, no aparta sus ojos de los míos. No sabe que en los cristales tersos de sus gafas se ven perfectamente las chicas en bicicleta: los muslos suben, bajan, suben entre los pedales resplandecientes.

El médico que contempla con una mirada hipnótica. De repente su fisonomía se transforma, veo en él al viejo amigo de mi perdida juventud, comprendo que no tengo nada que temer de él, siento algo ablandarse en mí.

—¡Querido Pansiotti! —balbuceo con lágrimas en los ojos. Y querría echarle los brazos al cuello, pero me doy cuenta de que estoy atado, atado como una salchicha en la camilla de la furgoneta que corre a lo largo de la costa.

(1942)

Despedida en la estación (con Arabella)

Empecemos diciendo que tiene dieciséis años. Atractiva, a los dieciséis años, quiere decir tener las articulaciones un poco gruesas y la cintura en cambio tierna y esbelta y el pecho despuntando libremente bajo la ropa. Escribe postales como éstas: «Queridísimo, ¿ya no te acuerdas de mí? Ahora llevo el pelo cortísimo, más corto que cuando estabas en Turín. ¡Parezco un cura! A veces el bombardeo me cogía de lleno. La casa está destartalada y los muebles quemados. Intentaré ir a Roma para verte a finales de mes. ¿Dónde puedo telefonearte? Andarás siempre de paseo con alguna chica… Muchos besos cariñosos. Arabella».

Arabella no sabe nada del mundo; va a nadar todos los días a la piscina porque forma parte de un cierto equipo que no sabe muy bien cuál es. Nada rana, y a cada brazada mete la cabeza bajo el agua como los verdaderos campeones.

Bien, fue en Turín donde la conocí, en una pensión de via Roma. Pero ella no vivía en la pensión. En la pensión estaba su amiga Dragusa, campeona de natación yugoslava. Llevaba una chaqueta de lana blanca con el escudo de la familia en el bolsillito de la izquierda y una falda plisada y zapatos blancos. Comía sobriamente, pero con gran apetito. Cada uno de sus movimientos revelaba un músculo de la persona construida sólidamente con la generosidad que la naturaleza dispensa a sus elegidos.

Viéndola vestida ya me lo había imaginado todo, pero cuando luego la vi en la piscina quedé aterrorizado por el volumen de sus muslos, milagrosamente contenidos en el tejido de su piel.

Un día con un acento ridículamente falso, le hablé:

—Usted debe ser una campeona —digo—, pero me

gustaría saber de qué.

—Natación —responde Dragusa—. En Budapest gané los cien metros.

—Muy bien —respondo—, enhorabuena. ¿Puedo sentarme en su mesa?

—Siéntese —dice Dragusa tranquila y hace un hermoso gesto elegante para invitarme.

Así me entero de que toca muy bien el violín y de que desdeña los amores masculinos (aunque luego supe que tenía un amante italiano), que es una aristócrata, propietaria de tierras y que por esta razón, por miedo a los comunistas, ha abandonado Yugoslavia (aunque luego supe que había más cosas). Y mientras hablo conteniendo mis impulsos en una perfecta indiferencia, veo llegar precisamente a Arabella con un mechón de pelo sobre los ojos y las piernas desnudas y sandalias en los pies. Ella y Dragusa van a dar un paseo. ¿Solas? Parece que sí. Entonces corro a buscar a mi amigo y le propongo seguirlas bajo los soportales de via Roma. Él está leyendo un libro de Huxley y se resiste a dejarlo.

—Me he camelado a la campeona —le digo—, no sabe qué hacer con los hombres, ¿entiendes? Hay que darse prisa o de lo contrario la perdemos, ¡ánimo!

Dino tiene la sonrisa más simpática del mundo y la expresión melancólica de los humoristas. Ya está de pie poniéndose la chaqueta. Nos apreciamos mucho, y algunas veces nos sentimos tan dichosos de estar juntos que nos echamos a reír por nuestra buena suerte.

Via Roma está a oscuras, los soportales aparecen teatralmente iluminados por los reflejos de luz azul que salen de los bares. Turín incluso en época de guerra sigue siendo una gran ciudad, de innegable madurez, de mentalidad abierta. Las chicas pasean por ella mejor que en cualquier otra ciudad de Italia.

Enseguida descubrimos a las dos chicas: están bebiendo una cosa que se llama «astrágalo», un excelente sucedáneo del café. Entablamos de nuevo conversación con naturalidad y Dino se sienta al lado de Arabella y yo

de Dragusa. Al final aceptan ir al San Cario; y aquí pedimos unos grandes vasos de coñac, seltz y azúcar. Luego vamos al Rolla, que es un lugar extraordinario y quien quiera conocerlo que vaya y lo vea, no digo nada más. Consienten en beber otra copa. Luego salimos cogidos del brazo hablando de todo un poco y acompañamos a Arabella a su casa y Dragusa vuelve con nosotros a la pensión y se va a dormir.

Dino confiesa que quiere casarse con Arabella, de quien se ha enamorado, porque se trata de un animalito ignaro y enormemente atractivo de sonrisa dulce como las florecillas del campo. Yo estoy medio enamorado de Dragusa y de su brazo que he podido estrechar largo rato durante el paseo nocturno. En consecuencia Dino y yo nos abrazamos riendo, ya que no resistimos a la tentación de confesar que todo es un juego y que este juego interminable consumirá nuestras vidas hasta el final.

En cambio sucedió que Dragusa se fue y Arabella empezó a tomarme cariño y Dino reanudó su lectura de Huxley.

Durante aquellos días seguía besándola y engañándola de mil maneras, a cual más cariñosa y una noche llevé mi engaño al extremo de llorar entre sus brazos. Arabella no sabía qué decir, tal vez debido a su amor joven e inexperto, pero aparecía tan feliz que colmaba cualquier silencio. Me decía continuamente que iba a olvidarla y que ella a pesar de todo me quería muchísimo. Y como suele ocurrir con los amores verdaderos que se nos brindan, yo fui sordo a aquella vocecita de niña, a aquellas palabras tan desarmadas y directas, desprovistas casi de encanto.

Paseábamos en calesa abrazándonos en la oscuridad, salíamos a cenar a restaurantes secretos cuando ella conseguía contarle a su madre, que era severísima, historias inverosímiles. Más tarde reapareció Dragusa y Arabella la mantuvo alejada de mí para que no volviera a cortejarla.

—Ya que además —me dijo Arabella—, está

prometida con un oficial italiano. Y riéndose se me colgó del cuello abrazándome con fogosidad infantil, satisfecha, y segura de que la revelación era tan sorprendente que iba a quitarme las ganas de volver a ver a Dragusa. Pero yo la complací, porque Arabella se había convertido en un perrito que estaba siempre en torno a mí y hacía todo lo que yo quería. Un día le pedí que se desnudase, y ella lo hizo con tanta ingenuidad y pudor que después de algunas caricias la dejé volverse a vestir y hasta la quise un poco. Era demasiado encantadora, Dios mío, para no respetar su candidez, por más que fuese ésa justamente la que me tentaba de forma endemoniada.

Con su madre se comportó con la mayor insensatez hasta permanecer a mi lado toda la noche mientras yo trabajaba en el montaje de un espectáculo teatral al aire libre. El primer actor era guapísimo y mostró algún interés por Arabella, pero ella me dijo (y siempre fue verdad) que no le importaba nada porque me amaba. Hacia el amanecer se durmió en un montón de paja, casi a mis pies.

El día de la despedida me regaló una corbata que llevaba escrito por dentro, en una tirita: «Arabella». No sé de dónde habría sacado esa tirita con el nombre tejido. Estaba contenta y nos besamos un número increíble de veces ocultos tras cualquier ocasional parapeto, hasta que el tren arrancó y ella desapareció sobre el andén, entre la gente, con su sombrero de paja y el elegante vestido de florecitas y las piernas largas y suaves y la sonrisa rebosante de luz y de amor, de humilde devoción, y rebosante de lágrimas que luego tal vez dejó caer cuando el tren ya había salido de la estación.

Pasaron muchos meses hasta que el teléfono sonó una mañana en mi habitación de hotel en Roma.

—La señorita Arabella al teléfono —dijo la telefonista.

—¿Arabella? Gracias, páseme la llamada, señorita. ¿Sí, Arabella?

—Soy yo, has visto —una risita azorada—. Estoy en Roma. ¿Nos vemos?

—Dime, ¿cómo estás, Arabella?

—Yo bien. Pero me voy a las siete, ¿sabes?

—¿Cómo que te vas?

—Me voy a Vicenza.

—Entonces veámonos enseguida. Te espero en el hotel, si te parece bien. Luego vamos a comer juntos.

—No sé si podré… ¿comprendes?, —en voz baja—. He venido con mi madre, está aquí junto al teléfono uf…, —y prosigue—: Está bien, gracias, estaremos todos allí dentro de dos horas, ¿en via Sistina verdad?

—Sí, en via Sistina, al final, cerca del obelisco de Trinità dei Monti.

—Hasta pronto, adiós.

—Adiós, te espero a las once.

Llegó con su madre y un primo capitán de artillería que las había alojado en Gallipoli cuando huyeron de Turín arrasada. Ahora Gallipoli, que está en el tacón de la bota, empezaba a ser bombardeada, se temía la invasión y la madre había decidido recurrir a la hospitalidad de unos parientes de Vicenza. Poco a poco habían ido perdiendo sus cosas debido a extravíos o a no poderlas transportar en los trenes cargados de prófugos de un extremo a otro de Italia. Ahora se reducían a algunas maletas. El grueso de sus pertenencias permanecía en parte en Turín, en parte en Gallipoli dentro de los baúles. Pero Arabella, a pesar de los zapatos gastados por el viaje y un vestidito de seda descolorida, estaba espléndida. Negra de sol, el pelo corto enmarañado, los ojos cansados por la noche insomne, la mirada infantil y no obstante ya ensombrecida por los percances sufridos y por el sentido de inestabilidad de la suerte que la llevaba en compañía de su madre, a través de los peligros del viaje, en busca de un refugio provisional donde la guerra todavía no hubiese echado su zarpa.

Se sentó en el salón del hotel y sus piernas tenían aquella redondez perfecta que contiene a la vez la fuerza de los músculos y la morbidez de la carne.

El primo capitán se había enamorado de ella y estaba

celoso y por tanto no pude invitar a Arabella. Él musitó algo al oído de la madre y el permiso fue denegado obstinadamente por más que yo propusiese el asunto con la mayor diplomacia y la mayor lealtad. Me dejaron hablar un poco con Arabella caminando por la calle. Cuando ella entendió que estábamos condenados a no permanecer solos ni siquiera un minuto, contuvo a duras penas las lágrimas. Decía algunas palabras al azar y se consumía por dentro, debatiéndose entre la furia de la rebelión y el deseo de estar amable conmigo.

—¿Sabes que nunca te he olvidado? —dijo—. ¿Y tú?

—Yo tampoco. En Turín lo pasábamos bien juntos, tú y yo. ¿Te acuerdas en la calesa?

—Era bonito, yo tenía un miedo terrible. El caballo daba miedo cuando se ponía al trote. ¡Parecía enloquecido! Tenía las piernas duras como estacas de madera y cuando golpeaba el suelo con las pezuñas las herraduras despedían hacia atrás la arena del paseo que me azotaba la cara.

—Por primera vez entendí que quería decir trotar. ¿Y te acuerdas del bosque cerca de Stupinigi, qué verde y húmedo era antes de que oscureciese, y el olor de la escarcha?

Arabella permanece en silencio y mira la calle llena de sol.

—Sólo tenemos recuerdos…, —dice.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Tú entonces me querías un poco. Aquí en cambio ni eso, lo sé. Yo sí, pero tú no. Debo ser una estúpida porque sé que es inútil, pero es así.

—Dime la verdad: ¿tu primo te hace la corte?

—Uf, no hablemos de mi primo. A lo mejor le gusto; había otro oficial en Gallipoli que también me cortejaba, pero a mí no me importaba nada. A mi primo ni lo miro.

Arabella se ríe, tal vez lisonjeada por mis ligeros celos. Tiene la piel morena agrietada, los labios cortados por el viento y la sequedad. Lleva tres días de viaje sin poderse lavar como no sea en las fuentes de los andenes, cuando

el tren hace una parada. Aquí en Roma no saben dónde descansar; irán, si les da tiempo (porque tienen algunos recados que hacer), a un hotel. Entretanto tengo que dejar a Arabella. Me dicen que comerán en el restaurante de la estación y allí podré volver a ver a Arabella. Nos damos cita para las tres de la tarde.

Yo deambulo por Roma pensando continuamente en Arabella, no sé qué decir de su amor, sin embargo me obsesiona porque tiene los ojos llenos de luz y aquellas piernas de yegua y porque es toda ella tan tierna y sus besos son húmedos como el rocío que aparece por las mañanas en los pétalos de las flores. Pero ¿de qué estará hecho su amor? ¿Cuánto me podrá amar en su corazón tan joven? A las tres, Arabella no se presenta, y tampoco a las cuatro. Evidentemente la madre, instigada por el primo, ha decidido sustraérmela.

Pero el tren sale a las siete y allí encontraré a Arabella y tendré tiempo suficiente de preguntarle si es verdad que me quiere tanto.

La estación a las seis y cuarto está ya lo suficientemente abarrotada de gente como para hacer desesperar al más tenaz enamorado que busque a su amada. Una gran multitud de personas va y viene, casi todos polvorientos y cargados de enormes fardos, cestas, maletas desvencijadas aseguradas con cuerdas a punto de romperse; arrastran a niños de todas las edades y a padres y a abuelas tambaleantes con ojos que ya no ven de puro cansancio. Son los prófugos de Sicilia y Calabria, los evacuados de Nápoles que pasan por Roma y van quién sabe dónde. Avanzan a tientas por una vida cada vez más sombría y quieren llevar consigo las últimas cosas que todavía les quedan a costa de romperse el espinazo y de quedarse muertos en un andén. De hecho alguno se muere, pero los demás siguen adelante. Un tren de soldados canta, van hacia el sur, sin saber quién ha dado la orden, sin comprender por qué, algunas veces trasciende que las órdenes se han dado al azar por quien sabe todavía menos que ellos. Y allí está Arabella con una

botella de agua mineral en los brazos, exultante por haberme encontrado.

—Estaba segura de que vendrías. Mi madre me sacó a rastras del restaurante. He llorado de rabia. Todo me sale mal.

Yo le cojo una mano, es suave y bonita, y al acariciarla descubro alguna aspereza, se nota que ha llevado maletas, que se ha agarrado a las manillas de los trenes.

Arabella me sonríe. Buscamos donde ocultarnos a las miradas de la gente: la estación está abandonada desde hace tres años, la parte vieja casi enteramente demolida, la parte nueva a medio construir y ya corroída por el tiempo, y por todas partes empalizadas, vorágines, hoyos, barracas. En un ángulo muerto Arabella deja en el suelo su botella: nos miramos a los ojos.

—¿Pero es verdad que me quieres? —pregunto.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo?

—Pues no sé… es difícil explicarlo, te prefiero a todos, me escaparía contigo a cualquier sitio, nadie más me importa. Además mi madre me atormenta, no nos llevamos bien.

—¿Te escaparías conmigo?

—Desde luego, cuando quieras.

—¿Incluso ahora mismo? Perder el tren, no dejar que te encuentren…

—Yo estoy dispuesta si tú quieres.

Los ojos de Arabella brillan mientras sonríe, tiene los ojos llenos de lágrimas, y entonces nos damos un beso apresurado, ocultos a duras penas por la empalizada. Su piel sabe a sol y a polvo, sus labios agrietados sólo por dentro son tiernos como antes, no obstante entre ellos hay algunas gotitas de aquel dulce rocío.

—No puede ser —digo—, y además tú tienes dieciséis años, nos buscaría la policía.

La verdad es que no estoy preparado para su amor, no estoy preparado para la realidad absoluta que ella me

ofrece con tanta sencillez. Han sido infinitas las mentiras a las que me he enfrentado y en cambio esta verdad me coge desprevenido y miserable. Esperaba poder jugar una vez más y en cambio tengo miedo y mi voz suena falsa porque debo mentir y defenderme para mantener una posición que se desmorona bajo la mirada límpida de Arabella.

Faltan diez minutos para que salga el tren, la madre estará como loca, pero a Arabella le tiene sin cuidado y cuando se lo insinúo me dice que ya tiene un plan, que se subirá al último vagón y luego buscará su asiento. ¿Cómo se las arreglará para atravesar aquel hormiguero? En eso no piensa. Me coge del brazo y paseamos. Los soldados cantan la *Pastora*, que es una balada melancólica. Se oye un silbido procedente de la cabeza del tren larguísimo, fuera de la estación. Un estremecimiento recorre a la multitud, parece que el tren vaya a moverse, hay un movimiento desordenado, saludos, luego nada, el tren sigue parado.

De pronto Arabella mira a su alrededor turbada, se mira a sí misma, la botella, el pañuelo, busca con la mirada la caseta del bar.

—Sabes —me dice—, he perdido la bolsa… en uno de estos bancos donde he estado esperando… o a lo mejor… —Pero enseguida se arrepiente de haber hablado.

—¡Corre, busquémosla, vamos! —digo yo.

—No, espera, quizá la dejé donde estaba mi madre, y además si la hubiese perdido sería inútil buscarla. —Sacude la cabeza, me mira con tranquilidad. La botella de agua mineral le pesa, pero no quiere dármela.

—O sea que es imposible —dice como para retener un sueño agradable que quiere desvanecerse—. ¿Pero qué importa si la policía nos busca? Nos escondemos, encontraremos algún sitio en el campo, o en el mar, en un pueblo pequeñito y… ¿Sabes que no volveremos a vernos?

—¿Por qué no?

—No volveremos a vernos. Yo voy a Vicenza y luego

quién sabe dónde, y tú te quedas aquí… el correo ya no funciona, lo bombardean todo, no volveremos a encontrarnos nunca, Alberto. Ahora ni siquiera te puedo besar, y luego tendré que volver con mi madre y estaré rabiosa como un perro. Estaremos peleadas dos días.

En este instante un soldado de los ferrocarriles se abre paso con la bolsa en la mano y pregunta en voz alta quién la ha perdido. Está a quince pasos de nosotros. Arabella no se mueve, desearía que yo le preguntase algo y luego le dijese finalmente si la quiero o no. Mientras tanto habla, se refugia en los recuerdos de nuestro primer encuentro.

—Mira que yo no he olvidado tu promesa: dentro de dos años en la Cisterna de Asti di Orbassano a comer arroz salteado y pollo *alla diavola*. (Detrás de Arabella el soldado continúa su interrogatorio).

Un jefe de estación grita que el tren va a arrancar. Arabella está con un pie en el estribo de la última puerta del último vagón. Cuando el soldado pasa por su lado, con toda simplicidad le dice:

—La bolsa es mía.

—Ah, muy bien señorita. Por favor dígame exactamente lo que contiene, porque si no no puedo reconocerla como suya, no hay documentos dentro…

—Uf… —Arabella da un taconazo en el suelo con cólera y se dirige enseguida a mí.

—Oye, Alberto, ¿vas a ir a Milán? Si vas a Milán podrías venir a verme a Vicenza, o podría llegarme yo hasta allí. ¿Irás?

—Iré, haré todo lo posible. Quería decirte algo: yo nunca te he olvidado… habría otra cosa que querría decirte… no sé muy bien… ¿Pero por qué no…?

—¿De verdad? ¿De verdad te acuerdas de mí? Yo cuando estoy sola lloro, me siento desdichada y un día me escaparé porque no lo resisto. ¿Te gustaría que viniera a vivir contigo?

—Señorita, disculpe, ¿me permite? Dígame… mire que el tren…, —y el soldado ya está abriendo invitante la

bolsa.

Arabella se da la vuelta y le mira con ojos fulminantes como se mira a un gusano.

—¡No tengo tiempo!, —dice con un nudo en la garganta. Las puertas se cierran ruidosamente, los frenos chirrían al soltarse. El soldado la mira fijamente casi atemorizado, pero no cede. Arabella está contenta porque ha decidido besarme en medio de toda la gente. El tren da la primera sacudida fatigosamente y ella dulcemente habla desde el estribo.

—Recuérdalo Alberto, por favor no lo olvides, ¿lo entiendes? Yo intentaré escribirte y luego te esperaré. —A momentos se ríe y a momentos llora, no logro discernirlo.

—¡Señorita! Dígame dos objetos… —El soldado camina a mi lado a lo largo del tren.

—Te haré saber mi dirección en Vicenza… ¿Quién sabe si existirá todavía nuestra calesa, y el caballo? No recuerdo cómo se llamaba… adiós, Alberto… de momento Lista de Correos, acuérdate.

Unas manos tiran de Arabella introduciéndola en el vagón, la puerta se cierra y ella vuelve a asomarse. El tren ya ha adquirido velocidad. Ella asoma su cabecita de pelo cortísimo, ya no dice nada, sus ojos grises brillan incluso a esta distancia, se ríen para mí con su alegría infantil. Me quedo quieto mirándola y cuando me doy la vuelta el soldado ha desaparecido y la gente se dirige con la cabeza gacha hacia la salida. Me siento desamparado y totalmente vencido. No tengo valor para pensar, pero luego salgo del letargo y la revelación me deja anonadado: ha cambiado su bolsa por una palabra más que quería decirme y que esperaba de mí.

¡Ella me ama, Arabella, y no volveré a verla!

(1943)

Ester con Mascia

1

Los atriles de la orquesta se alineaban en la blanda oscuridad como mariposas luminosas ensartadas en largos alfileres negros; en el cielo, a través de las ventanas abiertas en el tambor de la cúpula, aparecía alguna estrella y las viejas cortinas se levantaban movidas por la brisa de la noche estival.

Ernesto escuchaba la música con concentrado abandono y de vez en cuando se distraía para mirar a las chicas más próximas y lejanas, sentadas en la penumbra en diferentes actitudes. Las concertistas le parecían adorables, una luz de inteligencia velaba finalmente su vanidad y la disposición de sus miembros, brazos, cabezas, piernas, aunque rebuscada, las hacía sumamente atrayentes.

En estado de gracia Ernesto miraba a su alrededor seguro de encontrar una mirada, buscaba en la penumbra con avidez, y la música se elevaba, crecía incansablemente, los nudos se deshacían y se estrechaban en anillos cada vez más potentes. Ernesto sentía hallarse muy cerca de la completa revelación de la belleza y que dicho secreto ya no iba a rehuirle. En aquel instante el maestro dejó caer el brazo, la primera parte del concierto había terminado: las luces volvieron a encenderse, una amplia sonrisa de comprensión se dibujó en los rostros de los asistentes, los aplausos envolvieron al director y a toda la orquesta, que permanecía sentada y modesta.

Ernesto se confundió entre la multitud, recorrió todo el círculo del pasillo hasta la puerta del escenario, luego volvió al vestíbulo, ya animado y lleno de humo; contra una pilastra de mármol se hallaba apoyada una joven

muy pálida, pequeña de estatura, el cabello negro y brillante recogido en la nuca. La mano delicada sujetaba el cigarrillo, que se llevaba a la boca para aspirar el humo y que luego soltaba frunciendo los labios como en una mueca despectiva. Toda su persona tenía algo descuidado que revelaba, en la frescura de los años, una remota corrupción. Sus ojos miraban en el vacío escuchando las palabras que la amiga a su lado le dirigía en tono secreto y confidencial, inclinada afectuosamente hacia ella.

Ernesto, por más que se esforzó, no consiguió encontrarse con la mirada de la joven y ahora ya estaba sonando el timbre de aviso y todo el público afluía de nuevo hacia la sala; él siguió a las dos jóvenes por el pasillo. La pequeña morena caminaba delante suyo, a un palmo de distancia, podía ver su nuca palidísima, casi verduzca y, en el nacimiento del cuello, delicadísimo, inexplicablemente, la gracia de las formas descubría algo pecaminoso; un olor a rosas apenas perceptible flotaba en la estela de la joven, y sin embargo en aquel perfume, excesivamente dulce a decir verdad, había una sombra maléfica.

Ella subía las escaleras suavemente y la oscilación de su falda corta dejaba vislumbrar la concavidad de la rodilla y los primeros pliegues de las medias poco tirantes. Las chicas fueron a sentarse detrás de Ernesto; ahora él aguzaba el oído para distinguir su voz.

—Eres mala —decía la amiga—, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Se puede saber qué te he hecho?

—Nada…

—Al fin y al cabo soy libre de ver a quien me dé la gana…

—También eres libre de irte para siempre, si quieres…

—Si me fuese te morirías de hambre… estoy segura de que te dejarías morir de hambre.

—¿A ti que más te da, después de todo?

Las luces se apagaron y el murmullo de la sala empezó a acallarse, la gente se acomodaba en las butacas y se disponía a escuchar la segunda parte del concierto, en

varios puntos brillaba todavía el rescoldo de los últimos cigarrillos.

La voz de la amiga sonó súbitamente trémula:

—¡Mascia!…

El corazón de Ernesto se puso a latir con violencia, se dio la vuelta y enseguida bajó la mirada, vio la mano de la amiga aferrar la de Mascia y estrecharla con fuerza, vio la pequeña mano pálida de Mascia abandonarse inerte, vio la mano de la amiga impotente estrechar con violencia.

—Me haces daño —susurró Mascia con frialdad.

O sea que Mascia estaba sentada detrás suyo. Mascia de quien Ester le había hablado tanto.

Presa de un torbellino de proyectos y de deseos Ernesto miraba ahora frente a él la gran sala ovalada, los dorados de los palcos, el latón resplandeciente de los instrumentos, las páginas tornasoladas de los atriles, los rostros de las mujeres, los gestos seguros del director; con la música todo el teatro parecía navegar hacia las islas de ensueño y él sentía la felicidad recorrer plena y conmovida todo su cuerpo.

Advertía a sus espaldas la mirada de la joven perderse en el vacío mientras la música alejaba sus pensamientos en una dulcísima progresión.

2

Mientras la sangre chorreaba por la bañera, Luigi corría en busca de la tía y algunas personas desconocidas se agolpaban en la puerta del apartamento, atraídas por el olor de tragedia y de escándalo.

Ester, con un gesto ampuloso, cerró la puerta en las narices de todos y volvió corriendo al baño a vendar las muñecas de Mascia. La sangre afluía rápida y ligera color rojo oscuro y la cabeza de Mascia, blanca como la cera, colgaba fuera del borde de la bañera como si estuviese muerta. Ester no pudo evitar mirar a Mascia, fríamente, con la satisfacción de quien participa en un importante

acontecimiento. Con gran seguridad en sus movimientos estrechó las vendas en torno a las muñecas, levantó el cuerpo de Mascia y lo arrastró hasta el sofá de la sala. Mascia estaba a salvo.

A Ester le gustaba el papel de salvadora, que le había tocado en suerte después del papel de confidente. Ester lo sabía todo sobre Mascia, conocía su vida más secreta y por eso había llegado puntual, impulsada fatalmente a salvarla de la muerte. Y había forzado la puerta, segura de encontrarla allí, como la había encontrado, con las dos muñecas cortadas y una cuchilla de afeitar en el regazo.

Ester lo sabía todo y lo había previsto todo y ahora que la vida de Mascia ya no corría peligro, se sentía dichosa y conmovida hasta las lágrimas de ser la amiga de Mascia y de haberla salvado y de poseer, además de sus secretos, casi su misma vida.

Las mujeres quieren vivir novelescamente, pero sin correr excesivos riesgos, viviendo muy cerca de personas que sí los corren, fingiendo unirse a su destino y acompañándolas hasta el borde del abismo para quedarse en el último instante un paso más atrás.

Una amiga como Mascia era un tesoro preciadísimo para Ester y ahora la novela había empezado de verdad.

Así todo se hizo bajo los dictados de Ester, que asumía un tono de indiscutible autoridad.

La tía entró llorando, con los ojos corridos de rímel y las mejillas surcadas de lágrimas. Luigi ayudó al médico a trasladar a Mascia por las escaleras y a introducirla en un taxi.

Se hallaba sumamente confuso y presa de un mal disimulado furor:

—Usted —le dijo a la tía— quédese en casa. ¡Y no quiero volver a verla, si no la denuncio! —gritó al salir.

—Mascia vendrá a vivir a mi casa —dijo Ester zanjando la cuestión, antes de que pudieran dar comienzo las horribles recriminaciones de la tía…

Ahora en el pequeño apartamento sólo quedaba de Mascia el tenue perfume de rosa. La tía observó la

tapicería del sofá y los almohadones mugrientos, con ribetes dorados y plateados, para ver si había caído en ellos alguna gota de sangre, luego corrió al baño y abrió los grifos para lavar la bañera. Cuando vio la cuchilla de afeitar estalló en sollozos desesperados:

—Mascia, niñita mía, ¿qué haremos ahora?… ¿cómo se lo diremos a tu madre… cómo voy a poder vivir en esta casa?

Sonó el teléfono en la habitación de al lado y la tía, secándose las lágrimas con la palma de la mano, como si se preparase a recibir a una visita inoportuna, corrió a contestar:

—Diga… Ah, sí, ya entiendo… ¿Mascia? No, hoy es imposible, Mascia no se encuentra bien. La semana que viene sí, eso es, hacia las tres.

En torno a las blancas y delgadas muñecas de Mascia quedaron dos preciosas señales en línea recta, que ella todavía convaleciente mostraba a los amigos por orden de Ester.

Luigi era admitido en la casa como un animal doméstico, deambulaba por las habitaciones y hacía recados útiles.

En la casa de Ester se iba creando una atmósfera de sobreentendidos amorosos, de actitudes artificiosas y agradables, de palabras irónicas y alusivas. Ester besaba repetidamente a su marido en presencia de todos y con gran habilidad adulaba a los amigos jóvenes que acudían a su casa con el ardor instintivo que los jóvenes suelen sentir por el pecado.

Porque Ester había querido introducir en su casa el pecado, que por doquier acompañaba a Mascia inconscientemente, y que Ester advertía y deseaba secretamente como el bien más preciado. Y Mascia en la cama, palidísima, con su cara redonda y menuda, los ojos negros infantiles, el pelo recogido en la nuca, era, sin saberlo, el centro en torno al cual Ester hacía girar la vida de la casa. Ester se aseguraba por todos los medios la posesión de Mascia, que consideraba indispensable.

Custodiaba su presa con suma precaución y a veces no podía disimular una sonrisa de satisfacción al responder a las preguntas de los jóvenes que querían conocer la historia de Mascia.

Como todas las chicas rusas desperdigadas por el mundo, Mascia era hija de un general, recordaba vagamente la huida a través de la Rusia revolucionaria, el paso del mar Negro y la llegada a Turquía. El misterio de su vida comenzaba en Italia, donde había llegado a los dieciséis años, y culminaba en el suicidio. Los amigos la interrogaban con insistencia y Mascia respondía con escasas palabras lanzadas al azar, que encendían la más secreta curiosidad.

Las aletas de la nariz de Ester se estremecían a veces de repente y manchas rojas cubrían sus mejillas algo hundidas, y sus ojos culpables miraban el suelo, cuando algunas palabras de los chicos sentados en la cama o en las butacas de la habitación de Mascia menoscaban su pudor, que la predisposición a la culpa hacía demasiado sensible. Y entonces cualquiera de ellos, con falsos gestos confidenciales, al pasar de una puerta a otra, acariciaba levemente a Ester de forma que no pudiese protestar, sino sólo, ruborizada, escapar a la cocina a vigilar algún guiso particularmente delicado. También la criada de Ester fue asimilada: una chica jovencísima que en quince días de servicio había pasado de las estampas de santos al lápiz de labios.

Andaba por la casa en chancletas de madera y sin medias, las faldas cortas, las piernas limpias hasta los talones, el volante de los delantalitos a cuadritos vaporoso, el paso todavía inseguro.

Paolo, un joven estudiante de letras, la miraba de tal forma que Ester tuvo que llamarle la atención, mientras Mascia sonreía absorta, indiferente, alejada de todo, reclinando la cabeza sobre los cojines, acariciándose los brazos y los hombros desnudos. Aguardaba un acontecimiento cualquiera que pudiera resolver su vida.

Tras el restablecimiento de Mascia la vida de todos

adquirió un ritmo más normal sin que no obstante disminuyese la animación en casa de Ester; se organizaban comidas y pequeñas veladas o salidas al campo, que daban ocasión a nuevos encuentros y a nuevas amistades.

Un día llegó una carta de Shangai: Mascia la leyó, la tiró sobre la mesa y salió sin decir palabra. Diez días después pidió dinero prestado al marido de Ester, preparó un mínimo equipaje y anunció que se iba a China, donde debería encontrarse con su madre que, después de tres años de silencio, la reclamaba. Se excusó por tanta precipitación, besó a Ester y a su marido, dio amablemente las gracias y se fue.

La casa de Ester volvió a ser una agradable morada de un joven matrimonio de la clase más común y cordial. A los muebles de estilo moderno diseñados con amor por el marido de Ester, había venido a añadirse un piano de cola de buena marca, y en el cuarto de baño había sido instalada una colosal máquina eléctrica que proporcionaba agua caliente.

La nueva atracción de la casa era la música. Ester tocaba el piano con gran ímpetu, abandonándose con fresca ingenuidad a gestos teatrales y exaltantes, sus manos temblaban y sus hombros se estremecían; se veía que la música la conmovía profundamente y aplacaba en parte aquel latente furor que su mirada culpable siempre revelaba.

También el marido de Ester tocaba el piano y a veces acompañaba a su mujer en ejecuciones a cuatro manos, luego sacaba el acordeón y tocaba las últimas canciones de moda electrizando a la concurrencia.

El retrato de Mascia, de sonrisa ambigua y descontenta, reposaba sobre el piano en el lugar de honor.

Ernesto, de regreso de Francia, fue a ver a su primo Mario y a su mujer Ester, a los que había dejado como tiernos novios dos años antes.

Ester en persona le abrió la puerta y le abrazó con gran emoción. El imprevisto arrebato de Ester turbó un

poco a Ernesto, que no era amante de las expansiones; procuró soltarse lo más suavemente posible de los brazos trepidantes de la joven Ester devolviéndole los besos en las mejillas, y se asomó a la puerta del comedor: ante la mesa servida estaba su primo. Se abrazaron y enseguida dieron comienzo los relatos y las confidencias que debían colmar recíprocamente el vacío dejado por dos años de separación. Ester, animada e inquieta, seguía la conversación e insinuaba apreciaciones, elogios, observaciones dirigidas siempre a agradar a los dos hombres y a hacer importante cualquier cosa que pudiera relacionarse con su vida.

Ernesto reconoció a la jovencita que había conocido durante el noviazgo, ávida de poesía, de romanticismo, de complicaciones sentimentales. Dos o tres veces tropezó con la mirada de Ester y se detuvo unos instantes con placer escrutando su profunda significación, atraído a su pesar por aquella ardiente simpatía. Intuía en cada uno de sus gestos algo como contenido, frenado, que estaba a punto de desencadenarse peligrosamente, observaba sus mejillas ligeramente hundidas, sus hermosos labios exangües sin pintar, las manos delgadas, el cuerpo elástico y vibrante a cada movimiento interior del ánimo. El marido no parecía darse cuenta de esta fuerza que tenía a su lado; sonreía indulgente a su mujer con el aire de un viejo que está de vuelta de todo. Aquella comida terminó en una plácida intimidad.

En los días sucesivos, Ester se aficionó a Ernesto, se introdujo en el círculo de artistas que él frecuentaba, tocó el piano sólo para él, le contó la historia de Mascia. Se esforzaba en evocar su persona y describir su carácter, segura de que incluso lejana e inalcanzable Mascia la ayudaría a romper la prohibición que le impedía acercarse al pecado. Ernesto cerca de Ester se enamoró de Mascia.

Los aplausos y las luces sacaron a Ernesto de su ensimismamiento. Se levantó presa de una gran ansiedad, siguió a Mascia y a la amiga desconocida entre la multitud que se dirigía a la salida.

La plaza resplandecía en la noche, el asfalto se hallaba todavía tibio, el aire húmedo y caliente, mucha gente estaba sentada en las cafeterías que habían desparramado sus mesitas sobre todas las aceras.

Las dos jóvenes dirigieron sus pasos hacia la parada del tranvía; Ernesto observó que la amiga tiraba del brazo de Mascia como para obligarla a escuchar y Mascia, algo encorvada, con sus menudos hombros encogidos, caminaba delante con creciente obstinación. De pronto tuvo un gesto de enojo, profirió un grito apenas perceptible y se dio la vuelta casi corriendo en dirección a Ernesto, dobló la esquina del teatro bajo los soportales oscuros.

La amiga permaneció inmóvil unos instantes, la mirada fija en dirección a los soportales, parecía indecisa, luego dio algunos pasos, llamó a un taxi y con gesto enérgico y rápido y ademanes masculinos abrió la portezuela y desapareció en su interior mientras el automóvil se ponía en marcha.

Ernesto dio la vuelta al teatro; Mascia se había detenido ante un quiosco de periódicos y hojeaba una revista de cine, la luz azul de una bombilla la hacía parecer todavía más blanca que antes, su rostro menudo de líneas delicadas era de color casi cadavérico, los ojos negros brillaban en las ojeras levemente azuladas, los labios eran fragmentos de porcelana negra. Recogió el dinero del cambio sin dejar de leer y se lo metió en el bolsillo sin levantar la vista para mirar al quiosquero que en cambio la observaba; salió de la zona iluminada por la bombilla y se acercó a la vidriera de la cafetería. Sin quererlo, Ernesto se acercó a ella sonriendo y la llamó.

—Mascia…

La joven levantó el rostro y lanzó una mirada profunda e indiferente, sin mostrarse ni ofendida ni

asombrada por lo que ocurría. Ernesto siguió hablando:

—Quería ir a China a buscarla y ahora me la encuentro en Milán.

Mascia sonrió levemente, cerró la revista e irguió su figura hasta hacer aflorar sus diminutos senos bajo la seda de su traje.

—Dígame quién es —dijo.

—Permítame que la acompañe y podremos hablar.

—Puede acompañarme —dijo Mascia empezando a andar.

Ernesto le cogió una muñeca y haciéndola girar con suavidad la llevó hasta la luz.

—¿Es ésta la señal?

—Sí, ésta es…

Ernesto hubiera deseado que Mascia mostrase asombro ante sus preguntas, pero la joven aparentaba aceptar tranquilamente la situación e incluso parecía distraída.

—Soy amigo de Ester y conozco toda su historia. ¿Pero Ester no sabe que usted ha vuelto?…

—No, no lo sabe, nadie sabe que estoy aquí.

—Ahora lo sé yo.

Ernesto esbozó una sonrisa débil e insinuante, pero la joven no le respondió; le observó con una mirada que le hizo bajar los ojos a pesar suyo. Le había mirado esta vez sin pudor, como rara vez la mujer mira al hombre.

—Si me invita a una copa… —pidió.

Ernesto advirtió en la voz de Mascia una nota infantil y límpida que extrañamente le desconcertó, entró en el bar venciendo un ligero embarazo. La luz de neón rojo confirió a Mascia un aspecto casi espectral. Ernesto la vio de pronto como teñida de veneno devolverle el vaso.

Desde el teléfono público llamaron a Ester. Su voz sonaba ligeramente trémula y enseguida y con cierta ansiedad invitó perentoriamente a Mascia a dormir en su casa.

Mascia caminaba por el Corso algo apartada de Ernesto en silencio. Levantó la vista hacia un edificio

moderno y señaló algunas ventanas iluminadas.

—Allí vive mi médico.

—¿Está enferma?

—Nervios. Tengo agotamiento nervioso. Me ponen inyecciones intravenosas.

—¿Inyecciones de calcio?

—Sí, de calcio, ¿por qué? ¿Quiere saber la marca?

—No.

—Cuando el líquido entra por las venas se siente un gran calor que arde por todo el cuerpo. No todo es exactamente calor, se siente también un escalofrío helado; es muy agradable. ¿Lo ha probado alguna vez?

—No.

—El médico dice que tengo la sangre envenenada por el alcohol.

—¿Bebió mucho en China?

—Sí, en Shangai con los ingleses. También las mujeres beben mucho. ¿Conoce a alguna señora inglesa?

—No.

—Son mujeres… bueno, son de pánico cuando beben. ¡Vaya piezas!

Siguieron caminando juntos hasta la casa de Ester. Cuando entraron, al verlos juntos, Ester no ocultó su propia turbación: sus mejillas se tiñeron de manchas rojas, estrechó calurosamente la mano de Ernesto con aire inquisitivo, la sospecha y los celos eran evidentes en todas sus palabras ligeramente incoherentes y en la agitación que disimulaba con exageradas manifestaciones de afecto hacia Mascia.

Cuando Mascia le dijo que se quedaría en su casa durante un tiempo, Ester se sintió feliz, como el cazador que ve asomar una presa pacientemente esperada y codiciada. No pidió explicaciones, dominando la ávida curiosidad que la sofocaba.

El marido de Ester, cordial como siempre, lo encontró todo natural y ayudó a preparar la cama de Mascia en la salita del piano.

Desde aquel día la casa volvió a llenarse de amigos

como en la época de la primera estancia de Mascia, Ernesto pasaba la mitad de sus ociosas jornadas de joven escritor en casa de Ester. Ella parecía dichosa de ver crecer la intimidad entre Mascia y Ernesto y no desperdiciaba la menor ocasión para favorecer sus encuentros.

Transcurrieron los meses otoñales declinando rápidamente hacia los primeros fríos del invierno: Mascia vivía en casa de Ester rodeada de atenciones y afecto, y no obstante distante y provisional como si su vida no le perteneciese, sino que estuviese gobernada por una fuerza misteriosa. Ernesto advertía la barrera que esta fuerza levantaba entre él y Mascia y esperaba que ella misma le ayudase a derribarla, liberando impetuosos deseos contenidos desde hacía demasiado tiempo.

Una fría noche de diciembre la cosa ocurrió de forma imprevista y con visos de fatalidad.

En la salita donde Mascia dormía estaba encendida la chimenea. Ester y su marido, después de haber conversado ante la lumbre, dijeron que tenían sueño y se levantaron para irse a la cama.

—Tú te puedes quedar —dijo Ester a Ernesto—. Mascia te dará la llave del portal y mañana me la devuelves.

El rostro de Ester, ya encendido por el calor, se ruborizó sensiblemente durante un instante. Estrechó la mano de Ernesto mirándole a los ojos y, sonriendo con los labios áridos exangües, se arrebujó entre los brazos del marido y así enlazada a su cuerpo desapareció.

Ernesto volvió a sentarse y miró el pequeño samovar dispuesto junto al fuego. Mascia se enroscó en el sillón sin decir nada. Ester volvió a entrar con paso ligero trayendo una piel de oso blanco que extendió sobre la cama de Mascia. «Con esto no tendrás frío». Se acercó a Mascia, se inclinó sobre ella, la besó dos veces acariciándola dulcemente y se fue.

—Buenas noches… —dijo.

De repente le pareció a Ernesto que la salita se había

congelado. Las llamas habían disminuido. Los ojos de Mascia se iluminaban con creciente vivacidad, parecían lanzar destellos, toda su persona, blanda y grácil, reposaba sobre los almohadones con abandono. Ella se incorporó lentamente y estrechó el nudo del cinturón de la bata de seda china.

—¿No tienes frío? —dijo Mascia.

—Sí, hace frío, ahora avivo el fuego…

—No hace falta —dijo Mascia—, espera, verás, ¿no te gusta así?

Ernesto la tuvo entre los brazos. La idea de que todo aquello que había esperado desde hacía tiempo se realizaba tan fácilmente le dejó paralizado, de improviso sentía que su pasión era falsa, que una fuerza oculta le había llevado hasta allí para hacerle sufrir, pero que el objetivo permanecía todavía lejano e ignoto.

Pero mientras tanto Mascia se volvía hacia él y le ofrecía la boca y él la besó. Sus labios estaban húmedos. Ernesto trató de actuar de la forma más brutal para vencer el oscuro instinto que le incitaba a levantarse y a huir. Con gestos torpes y obedientes abrió la bata de Mascia y le acarició los hombros y los brazos. Una suave tibieza emanaba del cuerpo de la joven. Ernesto observó su piel delicada y blanquísima, estrechó los pequeños senos, acerbos como frutos de una planta silvestre crecida sin sol.

Mascia, como a instancias de un resorte salvaje, con gestos frenéticos se enroscó contra él, buscó su boca con suave ronroneo, y le besó largamente. Se apartó de él al ver que no le devolvía el beso. Sus ojos habían perdido todas sus defensas y le miraban en un arrebato desesperado de ternura. Ernesto no conseguía articular palabra, una sensación desagradable le iba invadiendo gradualmente, hizo darse la vuelta a Mascia en dirección al fuego y susurrándole de la manera más cortés:

—Vas a enfriarte…

Ella, en cambio, dejó caer la bata y se sentó en sus rodillas, su espalda se estremeció ligeramente, los

hombros desnudos se encogieron, pero luego se ensancharon en una respiración normal.

Ni una sola señal sobre su piel. Ernesto miraba a esta joven inmóvil y se esforzaba en desearla como la había deseado todos los días de espera que habían precedido a aquel momento; una especie de furor le invadió, buscaba en toda aquella desnudez un solo punto que pudiese conquistarle. Fue entonces cuando posó su mirada sobre la nuca: sus cabellos más cortos de lo normal descubrían la delicada concavidad velada de una suave pelusa y allí se ocultaba, en aquel frágil nexo con la cabeza, en aquellas líneas bien dibujadas e incisivas, un no sé qué de obstinado, de venenoso, la señal de una mala suerte, la huella de la impureza.

Un glacial silencio pesaba en la salita. Ella advirtió a sus espaldas la mirada de Ernesto, volvió a cubrirse sin pudor y se levantó. Cuando se dio la vuelta su mirada era voluntariamente fría, pero traslucía en el fondo la amargura y el despecho.

—El fuego se ha apagado —dijo Ernesto acercando las brasas—, ¿quieres que vuelva a encenderlo?

Mascia no respondió y no alzó la mirada, no le vio agacharse para escoger la leña y disponerla adecuadamente, no vio las llamas volver a prender, no le vio mientras se ponía el abrigo y se anudaba la bufanda de lana en torno al cuello.

—Buenas noches, Mascia.

—Buenas noches —respondió Mascia.

Ernesto se fue sin saber qué más decir. En el recibidor descolgó del clavo la llave del portal.

El hielo de la noche invadía ya toda la casa y mordía las carnes exangües de Mascia, hecha un ovillo en el sillón. Escuchó los pasos de Ernesto que resonaban en el zaguán y el ruido de la puerta del portal que se cerraba estrepitosamente. El golpe retumbó sordo en la noche y resonó en el vacío de su corazón dolorosamente.

En la habitación de al lado Ester despertó a su marido acariciándole con la mano tibia. Se estrechó contra él.

—¿No duermes? —preguntó el marido.

—Ahora sí, quiero estar junto a ti porque tengo frío.

Ester sonrió en la oscuridad y exhaló un gran suspiro de alivio. Desde el momento en que había dejado al otro lado de la pared a Ernesto y Mascia, había empezado para ella una tremenda partida. El haber animado a los dos presuntos amantes le parecía un elemento fatal del juego en el que quería inmiscuirse, y mientras apuntaba secretamente a la derrota de Mascia, acercaba a ella, provocándolo, aquel pecado que le parecía tan inalcanzable. Esperaba por tanto su sentencia con oído alerta en el silencio palpitante de la noche: ni una palabra de ternura, ni el gemido de los viejos muelles del sofá, ni una risita sofocada, nada llegó a sus oídos. En los largos intervalos de silencio que dejaba el estrépito del tranvía nocturno, le llegó el murmullo de alguna palabra indescifrable y por último, frío y solitario, el paso de Ernesto, el retumbar de la puerta de abajo y luego de nuevo silencio; Mascia no se movía y la puerta del baño no chirrió en el pasillo.

Sólo entonces Ester sintió desvanecerse la ansiedad de una espera casi angustiosa y aflojando todas las fibras de su cuerpo en la sonrisa, se perdió en el sueño.

4

Mascia se convirtió en la amante del señor Viola, y por el hijo que debía nacer le fue regalada una pequeña villa situada entre las desoladas colinas en los alrededores de la ciudad.

De esta forma escapó de nuevo a Ester y esta vez para siempre.

El promontorio sobre el que se levantaba la casita estaba adornado de frágiles arbolitos entre los que se distinguían por altura y calidad un pino y un níspero japonés; a la derecha de la casa había una bolera y detrás un campo de tiro al blanco para carabinas tipo flobert. La puerta principal del edificio, una simple construcción de

cemento, se hallaba protegida por un pequeño porche que sostenía la única terraza del primer piso.

El tren pasaba cerca de allí, encajonado entre las suaves ondulaciones de la llanura circundante.

Tras los cristales de las ventanas del primer piso aparecía el rostro del criado chino; medía un metro cuarenta e iba vestido con un clásico chaleco a rayitas y pantalones de paño estrechos en los tobillos. Había sido elegido por Mascia, que ahora podía satisfacer sus caprichos sin calcular el dinero. El señor Viola se dedicaba al comercio de medias de seda y ganaba cincuenta mil liras al mes; le halagaba tener una amante rusa con la cual realizar las fantasías concebidas en la literatura dominical de las novelas por entregas.

Las paredes de la casita estaban desconchadas por dentro y por fuera debido a la fuerte humedad y en la pared norte había llegado a extenderse un velo de musgo de un verde brillante color lagarto constelado de hongos. Ni el señor Viola, ni Mascia, ni por descontado el criado chino se preocupaban lo más mínimo por el mantenimiento de la casa; al frío y a la humedad se les hacía frente gastando cantidades enormes de leña y de carbón en las estufas y encendiendo toda clase de aparatos eléctricos que el señor Viola traía de la ciudad. Durante las noches más crudas de invierno la casita quedaba sumergida entre la niebla helada que ascendía de los canales y de la tierra recién abonada.

Después de bajar del tren, Ernesto no tardó ni cinco minutos en encontrarse a los pies de la colinita. Se detuvo junto a los pequeños pilares que marcaban la entrada en la propiedad y a la luz de plomo filtrada por las primeras nieblas del atardecer volvió a leer la nota de Mascia.

> «Queridísimo,
>
> a Pietro y a mí nos encantaría que vinieras a cenar el domingo por la noche. También Fu quiere conocerte y también Minna. Minna te gustará mucho. Te esperamos. Si no telefoneas querrá decir

que vienes.

Mascia»

¿Quiénes eran Fu y Minna? El tono insólito de la carta había despertado en él una extraña curiosidad. Después de la noche de la chimenea sólo había vuelto a ver a Mascia una vez y le había parecido como siempre un enigma, que sin embargo no ambicionada resolver. Pero algo permanecía en suspenso todavía entre los dos y no quería renunciar a una explicación definitiva, siempre que fuese fácil. Ester no le dejaba en paz y al hablar de Mascia llevaba la conversación hacia temas escabrosos que acababan por hacerle sentirse incómodo. Ernesto, al aceptar la invitación de Mascia, había decidido en su fuero interno dar por terminada toda la historia.

Cuando vio a Fu que le abría la puerta inclinándose ceremoniosamente, no pudo contener una sonrisa. Enseguida apareció Mascia en traje de amazona, pantalones de fustán, suéter y botas negras.

—Bueno, me alegra que hayas venido. Pietro acaba de telefonear en este momento diciendo que no puede salir porque la niebla es demasiado espesa, está cansadísimo, se queda en la ciudad y espera que le disculpes. Pasa. ¿Te gusta?

Con estas palabras señaló al salón y llenó dos vasos dándole uno a Ernesto.

Ernesto fue a sentarse frente al fuego de la chimenea mientras Mascia caminaba impaciente arriba y abajo. El salón era de arce blanco decorado con telas de colores, esteras, butacas de mimbre barnizadas, todo ello contaminado por objetos de artesanía rusa comprados por Mascia en la Feria de Milán.

—Quiero enseñarte el jardín, vamos, no seas tan perezoso, levántate y coge estas escopetas para el tiro al blanco.

El combinado preparado por Mascia era fortísimo. Ernesto bebió y salió con el fuego en el cuerpo. Advertía un tono extrañamente excitado y ligero en la voz de

Mascia, la veía por primera vez interesada en actuar por alguna razón desconocida, le parecía incluso fresca y guapa.

Fuera se anunciaba sin sombras el crepúsculo invernal. El disco del tiro al blanco con rayas blancas y negras apenas se distinguía.

—Animo, dispara —gritó alegremente Mascia—. A ver si tienes puntería.

Ernesto se encontró en las manos el cañón helado y húmedo de la escopeta de repetición mientras Mascia, a escasos pasos de él, estaba cargando el arma. Ernesto apuntó: era un buen tirador, disparó una, dos veces, luego una tercera casi en el centro, intentó rectificar la mirilla: algo aturdido por los primeros disparos, presionó levemente con el dedo, salieron fulminantes, uno tras otro, cinco disparos. Ernesto miró su propia arma desconcertado, se volvió repentinamente y vio que Mascia sostenía la escopeta humeante inclinada hacia él, de los dedos de su mano derecha caían al suelo los últimos cartuchos. Mascia se reía abiertamente.

—Se me han escapado no sé cómo. Ha sido una suerte que no te diera, ¿eh? Vamos, di algo, ¿todavía estás vivo?

Mascia volvió a cargar la escopeta, Ernesto dejó la suya en el suelo. El licor empezaba a emborracharle y le ayudó a vencer la emoción. Se acercó sonriendo a Mascia, le miró los labios carnosos, deseó inmediatamente besarla, insinuó un gesto y ella le esquivó con ligereza y se colocó en posición de disparar.

—¡Ahora verás!

Se oyó un disparo y perforó el negro, un instante después dos tres cuatro, una pausa, cinco seis siete, todos a través del centro que se convirtió en un agujero desgarrado en el cartón.

Una ventana se abrió a sus espaldas. Apareció Fu con la cara estirada en una sonrisa demasiado astuta, hizo un gesto con la cabeza balanceándola en el vano de la ventana.

—¿Está todo preparado? —preguntó Mascia.

—Sí, señora —respondió Fu y de nuevo estiró la piel en una sonrisa. Parecióle a Ernesto que Mascia respondía a la sonrisa con un gesto de entendimiento, pero no estuvo seguro. Dieron la vuelta en torno a la casa.

Mientras ponía un pie en el peldaño del porche advirtió un crujido sobre su cabeza, dio un salto levantando los ojos al cielo, una ráfaga helada le rozó la nuca y vio a sus pies una maceta de flores hecha pedazos. Una gata se había venido abajo junto con la maceta y meneaba la cabeza para recuperarse del golpe maullando.

—¡Minna! —gritó Mascia recogiendo a la maravillosa gata y estrechándola contra su pecho para defenderla de las represalias de Ernesto. Pero Ernesto, desagradablemente sorprendido, estaba ocupado en componer su persona mientras sentía insinuarse en su ánimo la sospecha de que una mano invisible le guiaba hacia el peligro. Le parecía absurdo que la caída de la maceta obedeciese a un paso en falso de Minna. La gata se lamía una pata contusionada y no escuchaba las zalamerías que le dirigía Mascia, ciertamente porque las palabras y la voz sonaban a falso.

En el salón donde resplandecía el fuego se hallaba preparada una mesita deslumbrante. Fu se movía en torno al invitado con gestos avisados y breves, las suelas de fieltro anulaban el ruido de sus pasos, Ernesto nada más sentarse sintió de nuevo circular su sangre con fuerza por todas las venas y producirle un cálido bienestar que felizmente le disponía a disfrutar de la comida servida por Fu.

Mascia levantó su copa blanca mirando a Ernesto a los ojos como para invitarle a hacer lo propio. Bebieron a la vez. Fu, a espaldas de Ernesto, bajó los ojos en señal afirmativa respondiendo a la pregunta muda de Mascia, luego trajo más caviar y sirvió más vino. Ernesto se sentía a sus anchas y el bienestar aumentaba vertiginosamente. Fue el primero en romper el silencio intentando acercarse por encima de la mesa.

—Oye Mascia…, —vacilaba en seguir.

—Dime, querido, estoy aquí para escucharte. —La voz suave rozó levemente la ironía cuando añadió:

—Estoy aquí toda para ti, ¿no?

—Oye, no creo que Minna haya tirado la maceta…

—¿Y entonces?

—Como tampoco creo que hayas disparado por error al cargar el flobert.

—Continúa.

—Mira, ves, yo ahora estoy bien y estoy tan seguro de mí, que… deja que sea yo quien sonría Mascia… tú tal vez seas una muchacha adorable pero yo no te he comprendido… aquella noche espero no haberte ofendido…

—Responderé al final.

Ernesto vio que Mascia sonreía segura de sí misma.

—Es decir, querida, creo que tienes ganas de jugar, que quieres… mírame a los ojos… ¡Quieres matarme, eso es todo!

—Sí —respondió Mascia tranquilamente. Y tras una pausa añadió—: ¿No es verdad, Fu?

Fu se reía sin proferir ningún sonido estirando la piel de su cara hasta hacerla saltar. Ernesto se sentía cada vez más alegre y ligero. Inverosímilmente, la risa de Fu le conquistó definitivamente, vio su plato alejarse y empequeñecerse con la mesa y a Mascia y la chimenea, quiso tocar la silla en la que estaba sentado, no la encontró porque volaba suspendido en el aire. Trató de hablar muy despacio seriamente:

—Mascia, oye, este vino es deli… La lengua cayó dulcemente y ya no se movió. Un escalofrío helado atenazó su nuca. Lo último que oyó fue la voz de Fu exclamando: —¡Le gustó el brebaje!

Mentalmente citó un verso que venía a su memoria:

«… di soave licor gli orli del vaso…»[5].

Su viaje por los espacios continuaba y Mascia, sentada a la mesa, se había reducido a un puntito luminoso, un rectangulito de papel, como un sello visto desde el techo,

y Fu se agitaba en todas direcciones, a la luz sucedía una penumbra y luego una oscuridad terrible salpicada de formas estelares variopintas. La ascensión se hizo más lenta hasta anularse y de golpe, a la vez que su corazón se detenía, empezó la caída: se precipitaba supino arrastrado por el ingente peso del cerebro, los globos de los ojos se habían sumergido completamente en las profundas ojeras y habían dado la vuelta hacia atrás. La caída proseguía cada vez más rápida y vertiginosa y la aceleración continuó hasta que la caída, sin interrumpirse, se inmovilizó. Una cierta tranquilidad le invadió y a ratos le parecía que alguien le sujetase la cabeza aligerándola afectuosamente con la palma de la mano. Y el frío desapareció y empezó a difundirse un calor que le oprimía la garganta. Finalmente, Ernesto volvió en sí, comprendió que estaba echado sobre una cama mullida, lo percibía todo aún sin poder ordenar ningún movimiento a las partes del cuerpo y ni siquiera abrir los ojos. Algo blando y cálido le oprimía la garganta como una suave ventosa, advirtió el perfume de Mascia y reconoció su boquita ávida. Esperaba poderse desprender de aquel beso que semejaba una leve herida y que junto al placer despertaba en él una instintiva repulsión. De pronto, sin moverse, quedó libre, abrió los ojos, sacó fuerzas de flaqueza y rechazando la cabeza de Mascia enteramente oculta tras la masa informe y negra de su cabellera desparramada sobre él, se liberó con violencia y salió corriendo de la habitación. El grito de Mascia sonó a sus espaldas.

Al fondo de la escalerita vio confusamente a Fu que le cerraba el paso, le hizo rodar por el suelo embistiéndole con todas las fuerzas y el peso de su cuerpo, y se adentró en el corazón de la noche.

A unos cien pasos sintió vergüenza de sí mismo, se detuvo y volvió sobre sus pasos. El rectángulo luminoso de la puerta se abría como la boca de un horno encendido por cuyos bordes rezumase la niebla helada. La menuda figura de Mascia se dibujaba negra a contraluz,

descompuesta y jadeante. Su voz gritó en la oscuridad:

—Ernesto, todo ha sido una broma. Vuelve, Ernesto…

Ernesto se alisó el pelo que caía sobre sus ojos, permanecía indeciso entre la rabia, el temor y la sorpresa por verse reducido a aquel estado.

—¡Al diablo las bromas! ¡Caray! —dijo para sus adentros y se dio media vuelta echando a andar con paso mesurado. Todavía se volvió a mirar: el rectángulo luminoso ya no tenía forma, casi borrado por la espesa niebla que cubría la villa sobre la colina.

Le sacudió un escalofrío, sintió la atmósfera helada, sin sombrero y sin gabardina. Apretó el paso hacia la estación. A la luz de una cerilla miró el reloj. Eran las diez y media, aún podía coger el último tren del domingo.

En la pequeña sala de espera de la estación se calentó junto a una estufa de arcilla. Finalmente la campana de llegada enmudeció y el estruendo del tren hizo temblar el suelo; Ernesto salió al andén. El tren, rezumando humedad, se detuvo pesadamente, despidiendo vapor por todas partes entre jirones de niebla. Subió al vagón y enseguida el tren arrancó chirriando y chorreando gotas de agua hirviendo de los empalmes de las tuberías de la calefacción.

Muy pronto el tren volvió a adquirir velocidad arrollando con estrépito obstáculos imaginarios en su carrera a través de la noche compacta. Reguerillos de agua discurrían sin interrupción por los cristales de las ventanillas dentro de los coches, mientras por fuera el frío los incrustaba de hielo. El vagón estaba lleno de esquiadores que volvían de la montaña: en los pasillos chicos y chicas fumaban reunidos en grupitos. Una voz de adolescente comentaba jocosamente las incidencias de la jornada. A alguna chica atractiva se le cerraban los ojos cargados de sueño. Ernesto pasó entre ellos aspirando el aroma del pelo mojado de las chicas, el olor del cuero de los zapatos y de la buena lana humeante.

Escudriñó distintos compartimientos en busca de un asiento. Casi a la mitad del vagón, en un compartimiento

semivacío, estaba sentada una mujer joven. Encogida en una gabardina deportiva con cuello de piel, tenía vuelta la cabeza hacia la noche invisible. Era Ester. Ernesto la llamó. Se dieron la mano al saludarse. Ester se la estrechó calurosamente con toda la palma de la mano y esta cordialidad venció el embarazo de Ernesto, que la había visto bajar los ojos mortificados y acusadores para ocultar la emoción y el placer del encuentro. Rojas llamaradas cubrieron sus mejillas. Ernesto veía los latidos de su corazón en la respiración contenida de sus labios secos y trémulos.

Ella fue la que habló.

—¿Cuál es tu asiento?

—Este que está a tu lado —respondió sonriendo Ernesto con tono galantemente bromista.

—¿Pero en que vagón viajas?

—Acabo de subir.

—¿Y el abrigo?

—Nada, viajo así.

—¿Se ha quedado en casa de Mascia?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Bien.

—Tú estás un poco loco —dijo Ester, y en estas palabras había tanto afecto maternal, tanta tierna devoción al sexo masculino, tanta admiración sumisa y complacida que Ernesto se sintió conquistado del todo y el amor de Ester se le apareció de pronto en toda su belleza. Aquella noche dominical en el tren Ester estaba perfecta. Ernesto se sentó junto a ella y la miró: hubiera deseado ser abrazado por aquella mujer joven.

—¿Me permite? —preguntó un señor del compartimiento indicando la luz azul.

—Por favor —dijo Ester sonriéndole con gracia. Los demás viajeros dormían apaciblemente. La luz azul los alejó en una vaporosa penumbra junto al señor que, dejando caer el periódico, se arrellanó en su asiento abandonándose al sueño y suspirando afectuosamente.

El tren corría a gran velocidad rezumando agua, cerrado y helado, de los radiadores salía vapor y del final del vagón, entre los chasquidos, los chirridos y el traqueteo de las ruedas sobre las vías, llegaba el eco de un coro de montañeros, fragmentos de amor, nostalgia, inviernos fabulosos perdidos en la memoria.

Los ojos de Ester brillaban con singular esplendor. Ernesto creyó distinguir en ellos las lágrimas de una súbita dicha. Con gran simplicidad dejó caer la cabeza sobre su hombro y sintió una mano que le acariciaba el pelo caído sobre la frente.

—¿Y tu marido? —preguntó en voz baja Ernesto sin levantar la cabeza.

—Hace unos días que está fuera. Yo estaba en la montaña, pero allí arriba no dejaba de nevar. Él está en Roma.

—¿Recuerdas lo que te decía durante el noviazgo?

—Sí.

—¿Todavía no has aprendido cómo engañan a sus maridos las mujeres?

—No.

—Y sin embargo eres una mujer.

—Claro, una mujer, ¿qué otra cosa podría ser?…

—Una mujer de verdad entiende, y tu marido no ha entendido nada.

—A lo mejor nadie ha entendido nada y a fin de cuentas no tiene importancia.

La carrera del tren, que parecía haber comenzado tan venturosamente terminó enseguida. Aparecieron los semáforos rojos y verdes de la estación y el tren fue a detenerse a la vía número cinco. Los viajeros soñolientos y calientes se encontraron erráticos entre el tráfico del andén. Los maleteros agarraron las maletas y desaparecieron en dirección a la salida, los esquís eran sacados de los vagones por las ventanillas.

Ernesto se estremeció y con paso rápido siguió a Ester, que casi corría, agilísima, adelantando al lento océano de la multitud.

En la amplia plaza de la estación soplaban suaves ráfagas de viento frío y el cielo descendía sobre la ciudad para engullirla. Ester no vivía lejos de la estación.

—Te acompaño —dijo Ernesto estrechándole convulsivamente el brazo y echando a andar.

Caminaban en silencio alejándose de la plaza y recorriendo las calles menos iluminadas, que resonaban sonoramente a su paso. Como obedeciendo a un designio celeste, en un súbito silencio, en una pausa más larga del viento, empezó a caer la nieve. Los gruesos copos permanecían largo tiempo intactos sin fundirse sobre el terreno seco. Las farolas se velaban, las formas se suavizaban, los taxistas, enfundados en sus cazadoras de piel, parecían exploradores de tierras polares. Rápida e insensiblemente el paisaje cambiaba desvaneciéndose en el sueño, alejándose en el espacio. Algún pesado vagón de tranvía rayaba de negro la avenida y, pasado su estruendo, las casas y la calle y todo, desprovistas de peso se elevaban ondulando. La gente dejaba de hablar y desaparecía continuamente en los portales o tras las esquinas con paso furtivo.

Ester abrió el portal con mano trémula, la mirada clavada en el suelo, los hombros encogidos bajo el peso de la tentación. Detrás de Ernesto, inmóvil en la puerta, caía la nieve formando ligeros torbellinos, ya todo el paseo estaba blanco, y en la muelle alfombra sobre la acera se destacaban nítidas sus huellas en dirección a la casa, como rechazando con su blancura una vuelta atrás.

—Entra, te daré una gabardina de Mario —dijo la voz de Ester.

En el apartamento vacío los radiadores hervían, sobre el piano se destacaba la sonrisa ambigua y algo vacua de Mascia.

—Perdona un momento —dijo Ester, y desapareció por el pasillo en dirección al baño.

Ernesto tuvo una idea, apagó la luz y se acercó a la puerta sin hacer ruido. Se oyó correr el agua, los gestos veloces y desordenados con los que Ester se ajustaba la

ropa. Ella apagó la luz de dentro mientras abría la puerta del baño; se encontró de repente en la oscuridad. Alargó los brazos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has apagado la luz? —preguntó con la garganta seca.

Ernesto la cogió en la oscuridad y la besó largamente. Se encontraron entre los cojines sobre el blando edredón del dormitorio. Ester, perdido todo recato, se contorsionaba entre sus brazos jadeando, escurriéndosele entre las piernas. Ernesto volvió a besarla. La desnudó febrilmente, se desnudó él también y volvió a la cama. Acarició sus piernas tensas y esbeltas, arqueadas por el placer. Se abrazaron, estremeciéndose entre las sábanas todavía frías, y permanecieron así enlazados hasta que la sangre no propagó el calor alrededor de sus cuerpos. Ernesto advirtió en la perfecta inmovilidad del silencio, el aliento suave de Ester que a breves intervalos aspiraba el dorso de su mano; lentamente, incorporándose por encima de su hombro, que sostenía en la palma de la mano, se acercó también él a aspirar: tenue y no obstante tenaz exhalaba el perfume de rosas de Mascia.

(1949)

El armario

Las puertas están abiertas de par en par: es un armario de dos cuerpos, dividido en compartimientos y cajones, un edificio, una enorme construcción con una coraza de nogal que defiende todo lo que está guardado en su interior. Todo lo que sirve para vestir a un hombre de la cabeza a los pies.

Los objetos están ahí esperando la mano que los devuelva a la vida, a lo mejor durante años enteros. Esperan en silencio, son pacientes. Este mocasín es muy fiel, su piel mil veces restregada tiene un color inimitable de ámbar rojo, la superficie en algunos puntos es tan lisa como el cristal. En las costuras se revela la mano del artesano que trabajó aquel día con atención minuciosa y afectuosa.

Incluso bajo las lluvias del trópico este mocasín mantuvo mi pie seco.

Después de la representación del vudú y después de la degollación del infeliz gallito y el estremecimiento de los turistas sudados, el jardín de la villa de Paolina Borghese ha recuperado su quietud y silencio. Las bailarinas se han ido a duchar, en fila, todas desnudas. En la sombra, el secretario de la academia de baile de Haití ensaya algunos pasos y da unos retoques a la faja negra que sujeta en la cintura los pantalones ceñidos sobre las formas de su cuerpo ágil y femenino.

El secretario encuentra mi mirada y no hace falta mucho para entender que ha entendido. Me asomo por encima de la valla e indico, entre los culos de esmalte, a una chica jovencísima, la piel tirante sobre un dibujo de músculos de ondulaciones imperceptibles.

Caminamos los tres hacia el extrarradio de Port au Prince. La ciudad de los turistas deja morir

progresivamente la luz eléctrica, las bombillas oscilantes se hacen cada vez más raras, nos encontramos casi enseguida en una oscuridad silenciosa donde las callecitas de tierra apisonada apenas se distinguen iluminadas por las estrellas que devastan el cielo tropical. Nadie habla. El silencio hace aumentar la tensión que hay en el aire. Paso una mano por la cintura del secretario, le doy unas palmaditas en señal de amistad y en busca de protección, le paso furtivamente diez dólares, mis atenciones apuntan más a su sonrisa felina que a la chica, ya dócil y dispuesta, ya vendida, ya mía.

Las casas han quedado atrás, estamos entre las cabañas de madera de una ciudad en el campo, una ciudad inmóvil y muerta como la escenografía de un teatro vacío y a oscuras.

La cama es blanquísima, enseguida se enciende una vela y la chica está acostada con una sonrisa de amable dulzura.

Entre las piernas tiene un pequeño plumerito negro, un bosquecillo ensortijado, las manos son de animal aristocrático y también las rodillas. Una pausa ritual y el corazón empieza a latir con fuerza: ahora me roban y me matan, he caído en una trampa por amor a un plumerito negro, por la piel de porcelana negra que ahora yace abierta y hace una hora temblaba y vibraba para la diversión de los turistas.

Miro hacia fuera por la ventanilla: el secretario fuma un cigarrillo sentado a la puerta de la cabaña, evidentemente me protege y me espera bajo la palidez estelar. Estoy con ella, dentro de ella, para ella, sobre ella, en torno a ella con devoción, chica del vudú; y la vela crepita y en la cabeza se forman imágenes de contornos confusos.

Por más que me esfuerzo, las imágenes no se definen y devienen con su vaga silueta casi amenazadoras e indescifrables.

La luz vacilante de la vela hace que toda la habitación se mueva en un silencio perfecto. Una danza lenta y

muda. Mis ojos parecen estar empañados por un vapor cuyo origen no alcanzo a distinguir.

El contacto de la piel de Rose-Marie no logra restituirme la lucidez necesaria para controlar el asedio de las formas que parecen acecharme. Con el placer cada vez más profundo que la chica me procura, aumenta la sensación de irrealidad, hasta que por dentro del oído una respiración profunda y ronca, casi un estertor grave y largo, me invade completamente recorriendo desde el cerebro toda la columna vertebral en un escalofrío. Sin duda es el demonio que se ha decidido a echarme las zarpas él personalmente. Me siento invadido, atenazado por el miedo; finalmente ésta es la felicidad del horrible miedo. Brotan las lágrimas en éxtasis agradecido por haberme concedido, él, la revelación; verlo cara a cara: un momento sublime. Quizás se abre aquella puerta que siempre ha estado cerrada desde la infancia.

El estertor y la respiración profunda se repiten y se dividen en fragmentos de otras voces imperceptibles y luego hay muchos brazos del sueño que se levantan hasta apresarme en una telaraña monstruosa. Yo permanezco inmóvil y en mis oídos, hasta el cerebro, se han desencadenado los gritos del silencio. Rose-Marie abre los ojos que tenía entornados, los reflejos de la llama de la vela centellean en el carbón de su mirada que ahora es suave e interrogativa, luego ella susurra una palabra en voz baja y cariñosa; al otro lado del delgado tabique contra el que se apoya la cama está la cuadra. Hemos interrumpido el reposo de los animales, vacas, cabras, conejos, gallinas, que tal vez han advertido también el olor del sexo. Y el gemido de Rose-Marie, chica del vudú, los ha excitado. Los animales respiran junto a nuestros oídos y hablan. El corazón late ahora acompasadamente, caigo entre los brazos de Rose-Marie, me pierdo en su ingle entre riachuelos de sudor…

Esta gabardina está incrustada de humores sin fecha:

desde hace mucho tiempo no ha sido llevada a la tintorería. En el rincón de un compartimiento he llevado puesto el excelente algodón de esta desgastada prenda comprada en Londres, justo detrás de Picadilly.

El tren es el mejor viaje de todos los viajes. Y las cosas se van llevándose con ellas toda su vida apenas vislumbrada. Una ventana: en el rectángulo de luz la familia sentada en torno a la mesa, quizás en los platos haya llegado a ver una tortilla, y en este momento la tortilla me parece la más apetecible de las comidas.

Son felices, sí, creo que son felices, simulo estar seguro de que son felices, y desearía estar sentado ante aquella mesa bajo la luz que baña la mantelería blanca.

El tren me aleja de allí mientras yo desearía estar sentado en torno a aquella mesa, con la tortilla delante y un sencillo tenedor de alpaca para comerla.

Inmediatamente después en una acogedora habitación un hombre viejo lee el periódico, la habitación pertenece a una casita rodeada de árboles y enseguida desearía ser él, ya resignado, ya viejo, y leer y luego tal vez escribir, sin molestias, sin contratiempos, sin pasiones.

Desaparece todo y llega la campiña con su sombra de árboles, un automóvil corre hacia una meta segura, sin duda lleva puesta la calefacción, la radio encendida, una chica guapa y bien vestida está junto a él, fiel, enamorada. Cuando quiera él puede meter la mano entre sus piernas y ella le responderá con una sonrisa. Estar dentro del coche, estar siempre en otro lugar por la pura ilusión de que llegue una paz hecha de armonía con la vida en torno a nosotros. El tren sugiere momentos fugaces de felicidad, como en los sueños, visiones que se desvanecen, el sueño de una sombra.

En un rincón del armario toma la palabra una chaqueta de tela blanca, habla de Cuba, dice llamarse «guayabera», es de puro algodón con infinitas lorzas pespunteadas por doquier y botones de madreperla

aplicados en todos los remates como adorno, una decoración tal vez superflua pero elegante en su humildad, es la chaqueta camisa de los trópicos, el uniforme de los verdaderos cubanos.

La luz del cielo de Cuba reflejada en las paredes de la Habana cuando se ha puesto el sol es algo que jamás puede olvidarse. Toda la piedra se inflama de un rosa anaranjado intenso y en el presagio de la muerte nocturna hay por contraste un aumento febril de luz cada vez más ardiente que parece inflamar los edificios de la pasada grandeza y los rostros chinos africanos mulatos indios españoles de la multitud.

Reinaba todavía Batista en aquel tiempo y la provocación era insoportable: infinitos los pobres, polvo humano por todas partes, pocos los millonarios, sin límites en su riqueza y en su soberbia inconsciente.

Los ojos del chiquillo agachado sobre mis zapatos de óptima piel negra (que cuanto más se la cepilla más brilla y más satisfecho deja a quien cepilla por el bellísimo espectáculo de la piel que se vuelve espejo), los ojos del chiquillo buscan los míos y nos miramos durante largo rato. Hay en la mirada un lago de promesas y dé súplicas y de reproches; saca brillo a los zapatos y luego mira con la sombra de una sonrisa en los labios henchidos de amor. Son labios húmedos y encarnados, llenos de vida. Quiere afecto y también algo más, quiere dar amor, en él late la sangre de los esclavos que deseaban ser «poseídos» por su amo, amados como las concubinas negras y de media sangre, querían rivalizar en el amor con las hembras, besar y ser poseídos en el calor de las noches sobre esteras de coco rasposas, siempre desnudos, lisos y lavados y dispuestos y pasivos. Es evidente que su mirada desciende de mis ojos hasta detenerse en el tiro de mis pantalones.

Ha terminado su trabajo, se levanta, se toca distraídamente el sexo recluido en la blancura de sus calzones, sus dedos se entretienen en una caricia ligera, pone orden entre los muslos, coge el dinero y se gira

lentamente mostrando la belleza de sus nalgas apenas ocultas por la tela, pero más desnudas por el surco de sombra que se vislumbra en medio de aquella redondez. Se da otra vez la vuelta en busca de una señal, de un entendimiento secreto: ¿cuándo, dónde?…

Una mano de piel morena rosada recorre mis blue *jeans*, araña suavemente a través del grueso tejido y enseguida aquel punto aumenta de tamaño, se hincha arrogante, también yo hago lo mismo entre sus piernas, rasco levemente y ella ya se mueve, se arquea, ensancha las aletas de su nariz en una respiración profunda. El impedimento hace suave y delicado el roce, la aspereza y el grosor del tejido transmiten una pequeña vibración que es irresistible. Seguimos aplicándonos a fondo y ya no se habla, se conspira en silencio. He traicionado al chiquillo limpiabotas, estoy con Manuela, peladilla negra, medio negra, medio pueblo, medio mantenida, medio puta.

Alegre, ágil, las caderas estrechísimas, los dientes blancos y fuertes, el pubis duro. La sonrisa es música de vida. Tras las cosquillas una breve presión sobre su triángulo compacto y luego caricias y luego más cosas y ella estrecha mi muslo con la mano nerviosa, son respuestas de un *duetto* cada vez más apremiante.

Sobre nuestras cabezas gira un viejo ventilador que evoca los fantasmas de Clark Gable y Jean Harlow de las viejas películas americanas de ambiente tropical. Desde nuestro *box* se oyen todas las voces del hotel en el que nos hemos refugiado mientras dura el incendio de la tarde. Estamos lejos de la Habana. Aquí no hay aire acondicionado. El hotel es una especie de enorme nave dividida en muchos cuadrados cuyas paredes no son más que tabiques de madera delgada. La habitación no tiene techo y deja ver el panzudo tejado alto por encima de nuestras cabezas. El aire circula perezosamente, movido por las lentas aletas de los ventiladores colocados simétricamente en las cuatro esquinas de la habitación.

El menor carraspeo, tos, suspiro, palabra, gemido son recogidos por todos los huéspedes del hotel. Por lo que

Manuela y yo seguimos nuestro juego, susurrando como dos muchachos que teman verse sorprendidos por sus padres. Los *jeans* continúan cerrados, el deseo es demasiado intenso para satisfacerlo enseguida, y demasiado expertas sus manos y las mías. Mientras me acaricia puedo advertir los nervios de sus deditos largos que comprimen y buscan, se alejan y regresan y de pronto abandonan y entonces la miro. De pronto sus facciones se están disolviendo en una mueca que parece suplicar piedad y sus ojos me miran casi con terror, como para que no interrumpa el milagro.

Manuela se aferra a mí y de su boca que ahora beso y lamo con furia salvaje sale un gemido largo y modulado que decrece en sollozos, vuelve a elevarse muy suavemente, desciende y suavemente agoniza en una respiración silenciosa y jadeante mientras sus manos comprimen el lugar entre las piernas donde se halla la fuente de la vida que expele todo el humor en un chorro incontenible. Ahora yo ya no existo, Manuela sólo piensa en sí misma, concentra las energías para enriquecer el egoísmo de su orgasmo emboscado en la prisión áspera de sus *jeans*. En efecto, la cremallera finalmente desciende y ella abre su sexo rosa llameante en el cuerpo moreno: allí hay un punto enfocado en un campo neutro de color. Sus dedos no descansan. Exige también los míos con un gesto imperioso, las dos y cuatro manos trabajan ahora afanosamente en torno al cráter mórbido capaz de hacer brotar ríos interminables de jugo cada vez más líquido que ahora se desliza sobre la sábana de hilo. Manuela se debate en un placer que quiere prolongar hasta el sufrimiento.

Tal vez su cuerpo desearía una pausa, pero los nervios que irradian de su sexo quieren y ordenan no conceder ni siquiera un momento de reposo. Los dedos pasan una y otra vez por los lisos canales de la ingle y se introducen en los dos agujeros delante y detrás con movimientos tan pronto violentos como dulces, lentos y suaves, y luego viscosos acuden presurosos al clítoris hinchado y abultado

y lo acarician implacablemente.

El espectáculo de la descomposición visual de Manuela es sublime, Manuela ya no es un ser humano, se ha transformado en el monstruo del placer animal, en la ausencia total del espíritu, es la representación de un misterio exaltante y casi espantoso. Se puede desear hacerla gozar ilimitadamente, ahora que se ha convertido en un ser dominado por fuerzas ingobernables, hacerla gozar hasta que caiga en la nada de la muerte: en efecto, su goce es tan infinitamente grande que el deseo de matarla surge espontáneamente del odio y la envidia por la lujuria que la posee.

Aquella chaqueta de seda beige sin forro que tendrá sus buenos veinte años de servicio está colgada en el armario con el aire provocador de quien se siente en plena forma, feliz de estar pasado de moda y dispuesto a desafiar a sus rivales en los ciclos de los retornos continuos y extravagantes del vestir.

Con esta chaqueta puesta y un par de gafas oscuras estaba descifrando el carácter de un viejo enzarzado en una discusión con el cajero de un banco de Abano Terme. De habla lenta, elegante en sus ademanes y en el vestir, el viejo tiene un pequeño problema que resolver y que plantea al cajero con gran parsimonia: quiere cambiar diez mil liras. La operación se lleva a cabo, pero el viejo rechaza un billete de cinco mil, lo quiere limpio, nuevo, luego acepta cuatro billetes de mil y luego quiere diez monedas de cien. En su lugar hay veinte monedas de cincuenta, él se lo piensa un buen rato, se le ve bastante contrariado y decepcionado, finalmente acepta farfullando, se mete el dinero en el bolsillo y con paso lento se va.

He visto a muchos viejos en todas partes del mundo. En la oficina central de Correos y en la Estación existen lugares que son propiedad de los viejos. Hay que estudiar a los viejos en sus menores detalles: a través de las

experiencias, las aventuras y las desventuras de sus vidas, las señales de los acontecimientos han modelado su aspecto, su voz, la forma de comportarse y de hablar, el estilo en el vestir. Los aderezos del conjunto, como corbatas, puños, gemelos, cordones, completan su retrato hasta poder deducir, a través de la observación atenta, los valores más sobresalientes de su personalidad y casi reconstruir su pasado con todos los pormenores.

La luz del sol ha encontrado una rendija por la que entrar con un rayo directo en la habitación y hasta dentro del armario para atravesar la blancura de un casquete, un gorrito árabe hecho a ganchillo que llevé en México pegado al cráneo durante mucho tiempo. La fidelidad de los objetos sólo puede compararse a la de las plantas. Los objetos, al igual que las plantas, te ayudan a vivir sin pedirte nada, sin ser inoportunos, su generosidad es conmovedora. Como las plantas aguardan silenciosamente que tú te ocupes de ellos para responder en seguida con generoso afecto. Lava una y otra vez el algodón y cada vez se presentará al tacto más liso y más fresco: cepilla y saca brillo al cuero de los buenos zapatos y se revelará cada vez más intensa la textura animal de la superficie y el color del curtido. Igualmente la planta que espera la primavera para darte los capullos y luego los frutos, y si has practicado una buena poda la ves renacer con nuevo vigor y extender sus ramas como brazos protectores y siempre amigos, siempre solidarios, siempre silenciosos, siempre fieles.

No como tú, Irina, en Acapulco, infiel a tu novio abandonado en Río pocos días antes de la inminente boda. Irina agita en el aire el billete de avión que se abre como un acordeón de un metro de largo. En las caras blancas del billete plegable se leen muchos nombres: Mérida, Nueva York, San Francisco, Acapulco, Toronto, Montreal, Lima, Buenos Aires. Según las previsiones del padre, descontento de su elección matrimonial, Irina

debería olvidar a su prometido con este largo viaje a través de las Américas.

Ahora duerme enroscada entre las sábanas, se halla apenas dorada por el sol, con dos tetitas pequeñas y duras y así todo lo demás, inútil es decirlo, perfecto, infantil y de mujer. Mira cara a cara, por aristocracia de raza, sin incrustaciones mezquinas pequeño-burguesas. El amor lo concede sin regatear en lo tocante a la corte del hombre, a las palabritas, a las flores, a las notitas. Su elección es una elección de princesa que se hace esclava por amor. Son las cuatro de la mañana en la selva de Yucatán. Todas las maderas del amplio dormitorio exhalan su esencia de perfume: hasta que no sean devoradas por el fuego, estas maderas pulidas, acariciadas por manos distintas durante cientos de años, seguirán concediendo su esencia sin agotarse nunca. Su perfume no puede describirse, hay que ir al trópico y respirarlo con las aletas de la nariz muy abiertas, sobre todo cuando la humedad de la noche ha incitado a la madera a abrirse.

Irina no se mueve, parece no respirar, tal es su inmovilidad, desnuda desde la comba de la espalda hasta la redondez de las nalgas. Rosadorada hebrea húngara brasileña rubia. No hay forma de dormir mirando a Irina, y no se pierde tiempo en la contemplación; la forma renueva constantemente sus secretos delicados y la mirada los desvela con la delicia de las cosas hermosas, que se descifran sólo porque son bellas.

Abandonada en un lago de amor pegajoso, la sábana enroscada entre los muslos, aguarda ignara un nuevo asalto.

—No te preocupes, tengo el útero infantil —ha dicho en un arrebato.

Por tanto no hay más remedio que abandonarse al amor en su boca, en sus piernas, en sus senos adolescentes, en todas las cavidades y redondeces blandas y duras, fáciles y difíciles, lampiñas o defendidas por bosquecillos de pelo. Miro por la ventana a través de las grandes persianas. El bosque grisazulado se está tornando

grisrosado, es el presagio del sol. Y ahí está el primer lábil canto. El pajarillo no quiere con su nota interferir el milagro del día que se anuncia: la nota brota profunda de su garganta y deja largos silencios entre una manifestación y otra. El gris de la luz se desvanece y deja paso a un rosado ligeramente tibio. Ahora entra el segundo habitante del bosque, su canto está hecho de dos notas y el primer pajarillo insiste en una respuesta humilde. Las dos notas adquieren más cuerpo y a ellas se une otra voz mientras el primer rayo de sol alcanza una tras otra las hojas de la vegetación. Otros despertares: cantilenas, cavatinas, serenatas; la competición excita a todos los pájaros. Las tramas musicales son ahora tantas que es difícil distinguir unas de otras, pese a que algunos ejemplares vigorosos se hagan reconocer con sus cadencias.

Pero ahora el sol ya no es rayo, es fuego ardiente y así los *duettos* se convierten en un coro de voces entrelazadas cuya partitura resulta indescifrable. El *crescendo* es rapidísimo. Estamos en el estrépito de la selva ecuatorial, a los pájaros que cantan y gritan se unen otras voces de animales y, finalmente, las legiones compactas de las cigarras desencadenan sus ataques solfeantes.

Finalmente también Irina abre los ojos, abre los brazos y los estira, se deshace del ovillo de la sábana, abre las dos piernas doradas, los muslos henchidos de juventud, dos dedos abren su sexo con obscena e inocente pureza infantil, sonríe, pero enseguida su mirada se enturbia porque el deseo la requiere imperiosamente, impera sobre sus nervios, no quiere saber nada más sobre el México de los mayas, sobre los milagros de la selva, quiere que se entre dentro de ella más aún que en el momento nocturno apenas consumado, recibir dentro, tener, sufrir dentro, herirse más adentro para luego enseguida dar, levantar el pubis como una montaña compacta, ofrecerlo todo y enseguida caer en un estremecimiento sin fin, una vibración interrumpida por sollozos, epiléptica, de gemidos y gritos roncos, un animal, ya que sus hermosas

facciones se han disuelto en un…

Te he regalado una blusa y tú me has regalado una «guayabera» de hilo con más adornos que la de Cuba y los dos aviones han despegado en direcciones opuestas y en las butacas los dos dormíamos con la columna vertebral sin médula rechazando los ofrecimientos de la azafata para poder dormir y soñar y volver a la selva y contemplar las terribles señales de los mayas y encontrar la mirada de la iguana.

(1973)

Pipí y popó

¡Es un verano estupendo, con sol caliente, breves tormentas, vientecillos perfumados! Comer pescado después de haber nadado en el mar, y beber vino helado blancolimón y recrearse en el sabor de los caparazones de las gambas y de todo lo demás, es algo que hace enloquecer de alegría.

Los dos chicos se quieren muchísimo. Momento de esperanza total, todo parece tener que durar hasta la eternidad y siempre con el placer de la alegría de vivir. La luz del amor lo agiganta todo y la dimensión de la felicidad se extiende a las horas y a los lugares.

Todavía no se conocen mucho los dos chicos y los confines de la intimidad son aún inciertos; se buscan a tientas seguros de que todo irá bien. Han hecho una vez el amor apresuradamente en el compartimiento de un vagón de literas y ahora esperan el momento de hacerlo como es debido. La cabeza de Gloria es toda fuego, de un rojo ardiente su mata de pelo le llega hasta el ombligo, si cae por delante, y hasta los hoyitos de las nalgas, si cae por detrás. Las pecas se juntan unas con otras de forma que Gloria parece pintada de color marrón. Los ojos son azul verde acero. De vez en cuando se ríe y brinca como un animalito cuando tiene un estallido de alegría.

En la isla en la que desembarcan, los dos chicos encuentran una habitacioncita con dos camas casi de colegio, pero la ventana da al mar y eso les basta. Huele a escollos, se oye la música del agua que rompe en los agujeros de las rocas y a veces un bufido amenazador que sale de las profundidades como si fuese el jadeo de un animal descomunal encerrado allí dentro y por tanto inofensivo.

Ernesto vacía la mochila en su rincón y Gloria cuelga

sus trapitos en el vano de la pared que hace de armario. Se quita la túnica india y está desnuda color marrón, como hemos dicho, porque está enteramente cubierta de pecas. Gloria tiene su popó a punto desde la travesía en barco. Y por tanto lo primero que hace es meterse en el cuartito de baño que tiene en el centro una estimulante placa turca. Ahora Gloria se acurruca cómodamente y depone una torta impecable de color ocre dorado, una pirámide brillante, como si estuviese barnizada, una dádiva honesta y buena.

Ernesto, que ha estado escuchando detrás de la puerta, entra en el cuarto de baño mientras Gloria se incorpora sin mover los pies: la chica le mira tranquila y alegre. Se ríen. Contemplan el fruto de Gloria, que levanta una punta arrogante como la de un pincel chino.

—Toca la barriga —dice Gloria—, ya no es un balón hinchado.

—Sí, es verdad, está hundida, en cambio antes salía hacia fuera.

Ernesto alisa la barriga de Gloria y luego hace descender su mano entre los muslos y le acaricia el plumerito rojo todavía mojado.

—¿Has hecho mucho pipí?

—Un lago —responde dichosa Gloria.

Entonces Ernesto se desabrocha los pantalones y dirige el chorro de su miembro hacia el embudo blanco de la placa, limpia con precisión toda la aureola dejada por Gloria y por último tira de la cadena. De la cisterna de hierro, roída por el salitre, cae una cascada violentísima y el torbellino arrastra triunfalmente con todo.

Los chicos se abrazan muy fuerte y luego en silencio se separan y corren a ponerse los trajes de baño. Tienen el tiempo justo para darse un baño antes de que anochezca.

Un escollo lejano parece hacer de centinela de la bahía y las olas se rizan en torno a las rocas con aire festivo y ligero. Ernesto y Gloria nadan con ahínco para llegar a aquella meta. Un bañista ha dicho que alrededor de aquel escollo hay corrientes peligrosas, pero los dos chicos

tienen brazos robustos y cuerpos escurridizos y espíritu lleno de audaz alegría y además tienen que poner a prueba recíprocamente su valor en esta carrera sobre el mar verde.

Las olas son pequeñas y duras, con crestas rasgadas por el viento en mil salpicaduras que azotan los rostros jadeantes de los dos chicos. Pero ¿quién ha hablado de corrientes?… ¿y de peligros?… Ahí tenéis, las manos de Gloria ya acarician las algas peinadas por el agua como terciopelo verde resplandeciente que cubren las sinuosidades de la roca afilada como una cuchilla. Y también Ernesto se ríe agarrado a un borde del escollo. Los corazones de los dos muchachos laten impetuosamente.

Un pie de Ernesto se introduce entre las piernas fluctuantes de Gloria, acaricia su sexo, luego abre las nalgas, roza el umbral del pequeño túnel del culo. Gloria le esquiva, lanza un gritito de placer y de cosquillas, se sustrae a su caricia. Ella se ríe, él se ríe.

El viento ha arreciado y para defenderse del agua salada que puja por meterse en la boca y en la nariz hay que soplar, resoplar, sacudir la cabeza, y son momentos dichosos, momentos de dominio de la naturaleza y de demostración física henchida de vitalidad que excita a los dos jóvenes enamorados.

Casi como en el teatro, el cielo en el horizonte se ha oscurecido de repente, las nubes corren más aprisa, y silenciosas saetas muy lejanas y de pálido argento unen el cielo con la tierra. Con tácito acuerdo los chicos se miran; deciden que es el momento de volver. Ernesto abandona el escollo e impetuosamente se dirige con vigorosas brazadas hacia la orilla de la bahía. Gloria le sigue, y ya ambos están pensando en qué agradable será meterse bajo la ducha caliente y aturdirse hasta la obnubilación dejando caer el chaparrón de agua sobre la frente, sobre la nuca, sobre la espalda, sobre el sexo como un masaje practicado por manos desconocidas.

El mar representa su papel con una indiferencia casi

despectiva. Ernesto comienza a darse cuenta de que sus brazadas no obtienen el debido resultado; en efecto, con breves miradas se convencen de que ni él ni Gloria avanzan un solo paso; es fácil tomar como referencia un techo rojo de una casa de la bahía para darse cuenta de que la corriente les aleja de la orilla con una firmeza de intenciones perentoria. Los dos jóvenes se intercambian miradas primero sonrientes, luego interrogativas, luego ligeramente desalentadas. Gloria, en una bocanada que quería ser de aire, traga agua salada y viento y hace una mueca entre el enfado y el llanto.

Las crestas de las olas son plateadas y cortantes, el cielo color de plomo, el viento se ha tornado declaradamente hostil, tiene una insistencia maligna, el mar se levanta, empieza a hincharse, se halla rebosante de fuerza, está impaciente por demostrar su potencia. Ernesto y Gloria se miran sin decir nada, no quieren aceptar el presagio de infortunio que flota en el aire: evidentemente piensan que ninguna fuerza puede ofender su amor y por tanto esperan que este día no sea para ellos el último. Sus corazones laten con fuerza y ambos están cada vez más jadeantes.

Ernesto mira intensamente la bahía, mira luego el escollo contra el que rompen las olas salvajemente y como una fulguración recuerda una ley fundamental: junto a la costa las corrientes se invierten, no es posible por tanto apuntar directamente a la orilla, hay que seguir todo el arco de la bahía con calma, sin las prisas que dejan sin aliento y llenan la cabeza de confusión y llevan a la víctima designada a cometer el error fatal.

—Gloria, sígueme, nada despacito a pequeñas brazadas cerca de las rocas, y ten cuidado que no te coja una ola cuando arremete contra los escollos, sería algo… sabes, sería… una estupidez… quiero decir no hay que dejarse atrapar… Gloria, ¿lo has entendido bien?… ¿Quieres que te ayude?

—No, lo he entendido…

—¿Lo has entendido bien?, —grita Ernesto con una

ligera acritud.

—Sí, no soy estúpida, déjame en paz y no hace falta que me ayudes, me quedan fuerzas para rato.

No es éste el momento de morir y, efectivamente, el destino sonríe, y los dos chicos alcanzan la orilla. Están pálidos, verdes, fríos como la muerte que los habría querido para sí. Se derrumban sobre la arena ya fresca y húmeda del atardecer y permanecen echados boca abajo hasta que el corazón deja de latirles con fuerza y la boca recupera la saliva en lugar del sabor a sangre.

Vino y pescado dorado, crujiente, y en las mejillas nuevamente el color de la vida. Las lámparas solitarias y deslumbrantes del restaurante dejan manchas de sombra y en una de ellas se ríen los dos jóvenes hambrientos: bajo la mesa sus rodillas se tocan. Ella abre las suyas y él introduce un pie en el calor de la brecha hasta que toca el fuego del bosquecillo rojo ensortijado de rizos rebeldes. Está calentísimo y húmedo de placer porque Gloria no lleva braguitas y ya está a punto.

Han corrido a refugiarse en su habitacioncita, se han quedado enseguida desnudos, pero el cuerpo desea, antes del amor, liberarse del poco de veneno de las pasadas emociones. De Gloria sale una crema de color chocolate y el pipí verde limpidísimo. Gloria se ríe para sus adentros feliz. Entra Ernesto.

—Ah, no, si te quedas mirándome no me saldrá todo, se me bloqueará el último pipí. Pero Ernesto la besa y esta última reserva cae.

—Hazlo todo que yo me calentaré las manos. Hazlo tranquila, amor…

Ernesto excita los labios carnosos del sexo de Gloria y poco a poco la fuente milagrosa mana de nuevo, caliente y festiva. Ernesto se levanta mientras Gloria sigue todavía agachada sobre la placa de porcelana blanca sobre la que caen las últimas salpicaduras conclusivas. Gloria se deja mirar con ingenua malicia, como un animal fiel que espera de su amo felicitaciones o castigos con idéntica y ciega devoción. Así, agachada, el culo de Gloria parece el

doble de grande. Ernesto la besa con dulzura en la boca, la ayuda a levantarse lentamente; cuando la abraza fuerte siente su pelo todavía húmedo y frío del mar, la inunda enseguida con su chorro caliente que se desliza por sus muslos en innumerables reguerillos, brillantes, alarga una mano y abre el grifo de la ducha primero tibia y luego muy caliente, lo abre hasta que sale con fuerza. Sobre la frente, sobre los párpados, sobre la nuca y luego sobre los muslos, sobre el sexo de ella, sobre el sexo de él que responde lleno de deseo, sobre el cuero cabelludo que suena como una caja metálica.

Br… bla… pr… b… o… n… i… t… o… no poder… bla… glo… Glo… Err… Errr…

Se sonríen a través de la cortina de agua. Luego están espalda contra espalda, culo contra culo, luego otra vez de frente, ojos en los ojos, pezones contra pezones, vientre contra vientre… Ahora su amor les reclama, caen estrechamente abrazados en una de las pequeñas camas, ruedan uno sobre otro así enlazados porque se sienten extenuados y felices, sosegados, dispuestos para el amor. Se besan en la boca con dulzura, se acarician todo el cuerpo. Los pezones de Gloria son duros como moras amargas, los ojos de juguetones pasan a ser profundos, difíciles de leer. Gloria se deja tocar por todas partes, luego hace un gesto brusco y, liberándose del abrazo de Ernesto se da la vuelta entre sus muslos y se queda a horcajadas sobre la espalda, quieta; gira la cabeza y habla a través de una cascada de cabellos llameantes.

—Sabes, cuando me conociste ya no era virgen y yo quiero darte algo que sí lo sea… ahí está —se arquea ligeramente—, es tuyo…

Ernesto se estremece de felicidad, casi de certeza, de duda, de ternura infinita, incapaz de articular palabra.

—Sí, el culo… mi culo es tuyo.

No es fácil, se requiere paciencia y dulzura, también la crema solar puede ayudar, pasito a pasito, una pausa, una caricia a las nalgas, al dorso del animal dócil que está debajo suyo, completamente entregado, despacio, un

ligero retroceso y luego un nuevo empuje. Gloria no dice nada, algún quejido, ¿de placer?, ¿de dolor?, de amor por descontado, de grandísimo amor porque se abre cada vez más, quiere entregarse toda, perdida en el vacío de la espera y por eso Ernesto avanza dentro de ella con la delicadeza del instinto y la fatalidad del acontecimiento, que a él le parece sublime y de hecho lo es. El regalo de Gloria es una prueba maravillosa. Ahora casi súbitamente he ahí que son una sola cosa, están unidos salvajemente y desde la posición inicial se desploman rutilantes de sudor ambos boca abajo, uno sobre otro sin separarse. Ahora están quietos y pasa un tiempo larguísimo, la eternidad del instante, luego él se mueve dentro de Gloria y los dos pueden darse placer hasta la última meta, la de un sollozo sin sonido, un suspiro, casi un estertor.

—Oh, sí amor mío… sigue… no te vayas… no te escapes… no me traiciones —susurra Gloria conmovida.

Pero casi enseguida Ernesto está bajo la ducha, ve algo oscuro en su cuerpo, enciende la luz y sonríe porque ha llegado tan hasta el fondo, al introducirse en el amadísimo cuerpo de Gloria, que ha encontrado un resto de popó inocente y olvidado que ahora el agua elimina en un instante. Gloria llega dichosa, se coloca sobre el agujero de la placa turca de pie como los potros, con las piernas abiertas para hacer descender la lluvia de su pipí interminable al que sigue un vientecito sonoro que sale por detrás con impertinencia. Los dos chicos se divierten porque también Ernesto, en efecto, consigue ahora regar a su chica de pipí naranja y añadir una trompetilla de culo como hacen los caballos para celebrar una emoción agradable, un sentimiento de aprobación por la vida que viven en aquel momento.

Ahora los dos chicos se echan cada uno en su propia cama: un rayo de luna perfectísimo y teatral dibuja un rectángulo sobre el suelo, una radio lejana insiste en transmitir música que sin embargo es casi sofocada por el ruido del oleaje, siempre cambiante en su repetición de embates contra las rocas en un juego que dura desde la

eternidad. Los dos jóvenes duermen desnudos, impúdicos, sin recato; sin el menor movimiento del cuerpo, parece que ni siquiera respiren.

En el duermevela del amanecer, casi en estado de sonambulismo, Gloria va a liberarse de lo superfluo y regresa al sueño.

Con el primer rayo de sol Ernesto se despereza lentísimo, abre un ojo, después el otro. Sí, ella está allí, duerme y es suya, es su chica, con la piel color óxido, el cabello rojo, rojo también en la ingle, rojo sangre dentro de la ingle: es Gloria, su chica. Ernesto se detiene a mirarla durante un largo minuto, encuentra que todo es exactamente como deseaba, todo lo que ha soñado como «amor» se halla contenido en ese cuerpo y en esa alma, no puede imaginar otros deseos porque todos se hallan allí reunidos. Por tanto el amor existe y se llama Gloria.

En el cuartito de la ducha Ernesto encuentra el regalo dejado por la muchacha. Es de color tierra quemada, por todas partes asoman las semillas de la uva comida la noche anterior y algunas pieles de berenjena. El chico contempla la cosa con intensidad y dulzura. Todo lo que es de ella es objeto de admiración, de adoración. Así el chico hace lo propio y así los dos popós se adhieren, se encuentran suavemente, se unen en el destino de desaparecer por el pozo negro hacia una aventura que termina en el mar donde la breve navegación llegará a su fin disolviéndose todo en la sal.

Ernesto, antes de tirar de la cadena, admira las dos pequeñas obras, se toca la barriga vacía y se siente completamente purificado, límpido, ligero, sonríe para sí mismo complacido y sólo entonces descubre que Gloria le está observando desde la puerta del cuarto de aseo. Su larga cabellera cubre sus senos y el ombligo y casi roza el pubis.

Gloria suelta una carcajada amorosa, besa y abraza a su chico con alegría. Da saltitos a su alrededor, luego detiene la mano de Ernesto.

—Verás como yo lo hago desaparecer todo. —Y de un

brinco está sobre el pastel inundándolo con una meada salvaje, rica, interminable, una meada de animal incontrolado, desprovista del secular pudor del «pecado»; es una meada prehistórica que recuerda la selva y las cavernas, la libertad del paraíso perdido.

Ernesto abraza a su Gloria, se ríe, la lava, le limpia el culo todavía embadurnado de su fruto matinal: la fragancia de la naturaleza vuelve a hacerse sentir por un instante en toda su inocencia.

Agua y luego sol, y luego pan tierno y café bebido a grandes sorbos, y queso comido a mordiscos y una anchoa y la mantequilla y el barquito y la isla que se aleja bajo el sol y la sensación de un momento perfecto vivido íntegramente y más besos, besos, y los pasajeros que miran llenos de envidia, y las olas divididas ferozmente por la proa y más besos y los ojos húmedos de amor y el presagio de que así de bien no volverán a amarse nunca.

En efecto, Gloria y Ernesto, enamorados tal vez para siempre, no volvieron a encontrarse, y no preguntéis por qué, porque no hay ningún por qué y ya sabéis que el amor es un relámpago de verano a través de una vida.

(1978)

La seducción

Es guapísima. Parece un muchacho con un par de minúsculos senos recién despuntados por la primavera. Las caderas estrechas, el culo alto y duro, el triángulo del pubis apenas velado por una sombra de vello ligeramente transparente: un verdadero andrógino de sonrisa irónica y misteriosa. Uno de los dos dientes incisivos superiores sobresale un poco porque se chupa todavía el pulgar: éste es el origen del gracioso defecto infantil. Desde el muslo hasta el talón las piernas parecen esculpidas en madera, carecen de especiales redondeces, como de marioneta, pero son rectas, elegantes, aristocráticas, un verdadero producto burgués altamente seleccionado. El tejido de la piel tiene una consistencia de imperceptibles poros, parece tomado prestado de una china, tan liso es al tacto, y además no es sonrosado, sino más bien del color de un pétalo de magnolia marchita.

Es evidente que todos miran a la adolescente pensando en cómo les gustaría tenerla desnuda en la cama. Más que caminar da indescifrables pasos de danza que su coquetería inventa sin cesar, y si alguien pudiese espiar su rostro cuando avanza entre la estela de deseos que la acarician indecentemente, vería el verdadero rostro de la esfinge cuando está a punto de decidirse a sonreír: una superioridad cruel y dulce, un poder inconsciente de seducción, un cálculo sin cálculo, como un enigma, el de la belleza. Así es Florence.

Esta chica de quince años sabe conversar como una mujer de treinta, ha sido educada en el centro de un salón intelectual francés donde cada pretexto de humorismo, de juego verbal, de dardos más o menos envenenados, da lugar a una gimnasia mental rapidísima en aras de una confrontación recíproca.

Florence está viviendo su primera experiencia como actriz de cine. La historia de la película es muy simple. Una jovencita se despierta en su cama: es un despertar lleno de presagios y de una pubertad explosiva; luego la escuela, la amiga íntima, una modista de ideas avanzadas y amenazada por su decadencia física, por tanto algo canalla, y finalmente un hombre con el que la chica pierde su virginidad. Sigue el regreso a la casa paterna, el rechazo a las confidencias por parte de un hermano inmaduro, la soledad frente al espejo que refleja su serena ausencia de culpabilidad. Infringida la barrera que frenaba la experiencia completa del sexo, se abre ahora el problema mucho más complejo y misterioso del amor.

Florence es la niña mimada de todo el *équipe* de la película. Nada más llegar a la villa donde se trabaja, el maquillador empieza a acariciarle el rostro con sabios toques de las yemas de sus dedos, se inclina sobre ella para escrutar los particulares de la obra pictórica, parece a punto de besarla, pero una sonrisa de Florence, a mitad de camino entre la coquetería y el desprecio, le disuade del intento. Ahora la visten: el director y la *attrezzista* controlan los detalles. Florence se halla a veces desnuda, pero la atmósfera técnica del momento es enemiga de la más remota tentación mórbida. Los ayudantes del director toman bajo su protección a Florence, le pasan un brazo en torno a la cintura como para protegerla de la descarga cerrada de las miradas que caen sobre cada parte del cuerpo de la jovencita.

«Se rueda»: Florence debe llevar a cabo, en un arrebato de felicidad, una rapidísima vuelta en redondo sobre sí misma, las faldas se levantan hasta mostrar las braguitas y los largos muslos desnudos, los larguísimos muslos que se unen en el punto mágico del sexo, ese punto que empuja bajo el algodón de las braguitas poniendo de relieve la pequeña colina del pubis, que todos desearían acariciar con delicada humildad y con feroz deseo. La rueda se repite dos o tres veces y los maquinistas y los electricistas asienten y arquean las

cejas.

También el director está turbado por la belleza de Florence. En un momento de descanso el actor principal, el hombre que en la historia llevará a cabo la desfloración de la jovencita, la corteja infructuosamente a base de frases ingeniosas, juegos de palabras, dobles sentidos incluso atrevidos ya que, por su consumada experiencia de corruptor, sabe que las chicas jovencitas no desdeñan sonreír, e incluso reír, ante las más vulgares y pesadas alusiones. Desean la obscenidad en medida inversa a la rígida educación recibida de las gobernantas y de las madres severas. Mayor es su virginidad y mayor es su delirio por convertirse en putas. De todas formas Florence pasa a través de estas llamas como una salamandra invulnerable y todo lo más algunas veces sus mejillas se ruborizan imperceptiblemente.

La jornada de trabajo ha concluido. Todos los integrantes de la numerosa *troupe* desaparecen en sus cuartos de hotel. Quien pasea por el pasillo oye correr el agua de las duchas, oye las voces dulces que llaman por teléfono a las voces lejanas de sus amores, oye los susurros de la malicia, o los gemidos del placer.

Son ya las doce y media de la noche. Florence tiene insomnio, con límpida firmeza ha dicho mil veces que no, todas las invitaciones han sido declinadas. La habitación se halla rebosante de flores. El teléfono que suena sin cesar es completamente ignorado.

Florence se encuentra guapa, se mira al espejo como Narciso, se adora, se desnuda y observa los dos senos minúsculos y formados con gracia, desearía que una mano digna los tocase, los acariciase delicadamente, pero hasta aquel momento nadie ha sido considerado por la jovencita merecedor de poner las manos sobre su cuerpo.

Florence vuelve a vestirse y sale de la habitación. Ve una rendija de luz hendir las sombras del pasillo. Y he ahí lo que revela la puerta abierta. Encorvado sobre la cámara de cine, que se ha atascado un momento antes del final del rodaje, se halla trabajando el operador del film.

—¿Qué haces, Roberto?

—Mañana por la mañana la cámara debe estar perfectamente en orden… y no logro descubrir la causa de la avería… discúlpame Florence, pero tengo que trabajar.

—¿Puedo quedarme a ver lo que haces?

—Claro.

El operador tiene sobre la mesa, brillante de barniz, todas las piezas de la cámara. En la descomposición se distinguen, aisladas, las familias que componen el artefacto: el objetivo, el obturador, el visor, el patín compresor, las ruedecillas dentadas que hacen discurrir la película, la mordaza de arrastre, la bobina receptora, la cargada. Cientos de tornillos brillan junto a los bloques de su parentela y aguardan cabeza abajo ser montados de nuevo en sus alojamientos.

Roberto es un joven moreno, de facciones árabes, ojos grandes alejandrinos, manos nerviosas de dedos largos y delgadísimos, tez olivácea, voz aterciopelada y seductora. Florence rompe el silencio tenso de la operación.

—¿Puedo encender un cigarrillo?

—Haz lo que quieras.

Florence se sienta y cruza las piernas mostrando la redondez del muslo, Roberto tiene la frente perlada de sudor; trabaja cada vez con más ahínco. Sujeta entre el índice y el pulgar un destornillador diminuto con la punta imantada capaz de sostener un tornillo microscópico que debe encarrilarse por un túnel oscuro hasta encontrar su sitio.

Florence fuma. Su rostro está iluminado por un ligero amago de sonrisa. Cruza y descruza las piernas con un frufrú imperceptible. Roberto prosigue su trabajo sistemático. El obturador parece presentar un caso de particular dificultad. Roberto suspira y procede tenaz con la mirada fija en estos animalitos mecánicos ahora inertes, pero, ultimado el trabajo, prontos a dispararse en su loca carrera. Pieza tras pieza la máquina recupera su apariencia normal. Los ojos de Roberto brillan de

satisfacción.

Ahora Florence desearía poder verlo de cerca, entender cómo van a encajar las diferentes partes del enorme juguete, se inclina fascinada sobre la mesa de trabajo. Por el escote se ve el nacimiento muy suave de sus senos, se podría advertir el perfume de su piel y el de las raíces de sus cabellos, que es idéntico al perfume inocente que se esconde bajo el ala de un pajarillo. También se podría, fijándose bien, ver latir su corazón en las pulsaciones que afloran en la base de su cuello estirado.

Pero Roberto está a punto de alcanzar su meta y Florence no existe. Literalmente: no está. Ahora que están montadas todas las piezas Roberto es recorrido por un ligero estremecimiento de ansiedad, lleno de confianza pero también de recelo. Conecta el cable con la batería, aprieta el botón del motor: de la máquina se desprende una música perfecta, un sortilegio de sonidos mecánicos y armoniosos, alegres y consoladores.

Finalmente Roberto se separa de la mesa, arquea la espalda, se estira en una ondulación de plena felicidad, despierta de la hipnosis en la que había caído, y se decide a sonreír. Descubre a Florence radiante, que se ofrece ante él, junto a él, contra él, se pierde en el beso de su boca, siente el cuerpo de la joven adherirse al suyo.

Un milagro: Florence ha elegido.

(1977)

Venus mutilada

Por la alta chimenea, hecha de ladrillos, que se erguía sobre los tejados de las casas, se podía intuir que alguna antigua fábrica sobrevivía en el corazón de la ciudad. La chimenea era una visión romántica, representaba a la industria que se había asentado apenas cruzado el cinturón del Naviglio[6], es decir donde, hacía sólo sesenta años, empezaba el extrarradio de Milán, hecho de prados y de huertos, algún caserón dedicado a actividades agrícolas, alguna sencilla capilla solitaria en los cruces de caminos fangosos.

La chimenea de la fábrica de muelles desprendía un hilo de humo transparente, incoloro y de escasa consistencia, el cual, ante la ausencia de viento o de una fuerte corriente de aire, se diluía en el cielo elevándose verticalmente hacia el azul. No es que el dibujo del paisaje fuese triste, era más bien una imagen de la nada, del calor, de la atmósfera estival, de la soledad ciudadana: inspiraba una opaca melancolía.

De pronto, en medio de esta geometría urbana, fija en el cuadriculado hasta la obsesión, de la ventana de un enorme e imponente bloque de pisos de aspecto burgués que se adosa en forma de ele a la casa donde yo vivo, irrumpe en el aire una tormenta de notas que brotan de un piano tocado por manos expertas, manos suaves y a la vez vibrantes de energía.

Esta brusca ruptura es de una violencia mágica, casi un sortilegio, tan imprevista es su irrupción en la atmósfera inmóvil de las primeras horas de la tarde. En efecto, de los pisos de aquel edificio solían llegar los sonidos de la radio, las marchas, las tonadillas y el estruendo continuo de la voz de Mussolini, que de ciudad en ciudad, durante aquel año, preparaba a los italianos a

aceptar a cualquier precio la guerra junto a Alemania.

Y he aquí que el piano, desde hoy, domina sobre cualquier otra voz: la música sale de la ventana y recorre volando el gran espacio verde en torno a la gran casa. Las notas, acariciadas por el sol del temprano verano, me llegan consoladoras y excitantes.

Jamás un piano ha despertado en mí tanta curiosidad: las acrobacias geniales de Scarlatti, el celeste *Claire de Lune* de Debussy, los ritmos de Albéniz. ¿Y cómo serán los dedos que pasan rozando el teclado y luego golpean con furia y luego lo acarician tan sensualmente?

La ventana abierta es un rectángulo que miro y vuelvo a mirar cien veces al día con la esperanza de ver aparecer a la fuente del nuevo milagro. El piano está situado en un ángulo invisible desde mi punto de visión, por lo que debo montar guardia con gran tenacidad. Y ocurre que una tarde, cuando el crepúsculo es de color paja dorada antes de convertirse en naranja, y más tarde en violeta y luego en gris y al final en azul negruzco, aparece *ella*, que enciende un cigarrillo, erguida en el rectángulo.

Guapa es no decir nada. La lejanía no permite una lectura pormenorizada, pero la sombra muy oscura a sus espaldas dibuja formas de ensueño. El seno pujante bajo el algodón, la cintura bien marcada por una línea estrecha, los brazos desnudos perfectamente torneados, se intuye una boca de labios carnosos, henchidos de deseo y de comisuras caídas como expresando un talante irónico, de altiva distancia.

Pero las sombras descienden vertiginosamente y mi examen se ve interrumpido. Pero ella alza la mirada y repara en mi indiscreción. Aspira una bocanada de humo y luego, apoyándose en el alféizar, cierra los dos postigos que para mí quieren decir el telón que me excluye de la admiración sin fin. Estoy seguro de que la breve mirada, dada y recibida, es más que una promesa. El misterio surge de la sensación de fatalidad, que absurdamente me llena de esa alegría que nos embarga ante el presagio de acontecimientos dramáticos y conmovedores, el presagio

de amor o sólo la esperanza, o sólo la ilusión, un instante en el que el gran vacío de la angustia se transforma en un *plenum* de pulsaciones, las de la vida que se oponen a la muerte. Ella es vida, vida con la música y vida con la belleza, ella es perfecta.

El amigo toca el timbre y me susurra:

—Tú lo has querido.

—Yo, sí…

—Ahora verás, conocerás, y luego… no quiero comentarios…

Un breve paso cadencioso por el pasillo, la puerta se abre, una criada de formas campesinas, musculosas, la sonrisa franca, nos invita a entrar. Me hallo próximo a la revelación, oigo latir mis sienes como si tuviese el corazón en la garganta. He dado con el amigo de un amigo que *la* conocía y dentro de unos minutos estrecharé su mano.

Ahí está, sentada en un pequeño sofá al lado del piano. Tras las presentaciones se abre un silencio embarazoso. La miro intermitentemente para no ser inoportuno y trato de descifrar el secreto que la envuelve y del que nadie me ha querido decir una palabra.

Sólo mi obstinación ha violado una soledad que parecía a todos impenetrable. Los labios son como los había intuido, gruesos, abultados, rojos, ávidos. Los ojos relampaguean oscuros y profundos, los brazos siguen un trazado combinado de cilindros y de conos que descienden hacia una muñeca delgada pero recorrida por evidentísimos tendones que transmiten a la mano un nerviosismo constante. La voz tiene vibraciones profundas, casi obscenas, hasta tal extremo revelan la fuerza del torrente de sexualidad que recorre aquel cuerpo. El seno es el que había vislumbrado: joven, arrogante, para ir a tocarlo enseguida, recogerlo en la palma de la mano y hacerlo vibrar elástico, rebelde, tierno y duro. Cada pausa de la banal conversación me

permite desviar la mirada y relanzarla inmediatamente después para captar los encantos de esta criatura.

Ahora estoy fascinado por los muslos y por las pantorrillas. No ha cruzado las piernas, ni movido un pie, una sola vez. Las medias se ajustan tirantes sobre una superficie perfectamente lisa, los zapatos no revelan ningún pliegue de la piel. Hasta su regazo cada movimiento es transmitido por el gesto versátil de sus manos o de la respiración que hincha su pecho o de la torsión del busto hacia alguno de los interlocutores. Y en cambio, del regazo para abajo todo permanece inmóvil. La revelación es inmediata y fulgurante. Las dos piernas están esculpidas en madera, son dos mecanismos perfectos injertados en los muslos junto a la misma ingle. Ella es… Tropiezo con su mirada, todo ha sido dicho en un instante. Sobre su rostro se extiende la sombra de una sonrisa que contiene desafío y desdén. En el mío debe leerse, además de una intensa emoción, una límpida declaración de amor.

A los pocos días Italia declara la guerra a Inglaterra y a Francia. La ciudad se ensombrece, todo lo que absurdamente se esperaba que no sucediese se cumple en un instante. Francia envía una escuadrilla de bombarderos sobre Milán. Todos corren a tapar la rendija por la que pueda transparentar la luz. Los automóviles apagan los faros, las sirenas elevan hacia el cielo una lúgubre espiral de aire colmado del sonido de alarma.

Por las escaleras hay un gran ajetreo; los inquilinos, asustados pero a la vez excitados y risueños por la novedad, bajan precipitadamente a los refugios.

La telefoneo, está en casa, no puede correr al sótano, aguarda en la oscuridad a que cese la alarma. La criada termina su trabajo a las siete de la tarde y vuelve a su casa. *Ella* está sola. Su voz suena carente de emoción.

—¿Qué más puedo temer?…

Así es. En dos minutos estoy frente a su puerta y

entonces la oigo caminar y luego la veo, con dos bastones, ayudar a los aparatos que le permiten moverse y aventuran algún ligero silbido donde los engranajes trabajan con mayor dificultad.

Nos miramos a oscuras en el más perfecto silencio, sentados en los extremos del sofá. Muy lejos caen algunas bombas, como sacos llenos de serrín que desde muy alto fuesen arrojados sobre el terreno blando de un huerto. Ella se levanta, no la ayudo, se sienta al piano y hace lo que hay que hacer, pone la sordina y ataca las notas del célebre Debussy. Sería hermoso que esta «luna» se hubiese elevado muy alta sobre el mar rocoso acompañada de un murmullo de resaca casi imperceptible y de una suave brisa salada, en lugar de sobre la tétrica ciudad en guerra.

Giuliana deja de tocar, en la sombra que es casi tiniebla su seno sube y baja en una invitación tímida y a la vez perentoria. Con un movimiento lento pero irrefrenable, me acerco a ella, a su rostro, a su aliento y finalmente la beso en la boca, tembloroso. No sé cómo un labio puede ser pulpa vital, condensación de vida, invitación al hurto de una fuerza recluida en un tejido de seda cálida húmeda líquida, cómo un labio puede ser sexo que se abre, cómo un labio, voy a decir la palabra, puede ser amor. Mi corazón late agitadamente. La acaricio toda, siento palpitar su corazón con furia. Continuas oleadas estremecen mi cuerpo y me empujan hacia ella en un abrazo cada vez más sincero. Más besos profundos, intercambios cariñosos de ternuras inventadas. Alargo la mano y tengo en el cuenco su seno desnudo bajo la blusa, el pezón se hincha, su carne es la propia juventud que reclama sus derechos. Más besos, más caricias. Emerge su busto: ha sido torneado perfectamente, ni un solo error hasta la esbeltez de la cintura, hasta el ombligo cosido por una mano experta para hacer de él un pocito de misterio y de dulzura. Más besos, más caricias. Las sirenas se amortiguan.

Ha sido necesario otro ataque aéreo, otro bombardeo y las sirenas que elevan hacia el cielo su canto fatal para volver a tener entre los brazos a la bellísima joven.

Y aquí estoy, frente a la muralla que ha de ser abatida. ¿Su historia?… un accidente… gravísimo… y se acabó el galopar por los yermos, se acabó el tenis, se acabó la piscina, se acabaron… ¿los amigos?… todos muy cariñosos pero llenos de horrible piedad… de respeto humillante… su novio… esfumado tras muchas lágrimas por ambas partes… la hipocresía ha sofocado a todo el mundo a mi alrededor… tengo que convencerme para aceptar la soledad… ésta es mi condición… y lo que estamos haciendo es una equivocación… no puedo destruir las barreras que ya he levantado entre la vida y yo… mis barricadas, mi coraza… ¿con qué argumentos rebatirlo sino con los hechos de tantas palabras o, mejor dicho, de fragmentos de palabras?… y el pudor de contradecir con la única fuerza del deseo la defensa desesperada de un alma herida por la crueldad indiferente del destino… ¿y cómo demostrar que el deseo brota del sentimiento?

Las bombas que caen a lo lejos, a puñados, sobre las hormigas en fuga incitan a la transgresión, comprendo que las palabras no colmarían el foso que me separa de su sexo, que evidentemente reclama e impera contra los cada vez más débiles intentos de la razón.

Cojo en brazos a Giuliana y la dejo sobre la cama en la habitación contigua. Apago la luz de la lámpara a la cabecera de la cama. La dejo sola después de haber chupado de sus labios áridos por el deseo la poca saliva amarga que su boca puede todavía darme. Este momento le pertenece únicamente a ella. Me siento embargado por la ternura a la menor señal procedente de la otra habitación. Estoy tan nervioso que percibo también su respiración ligeramente afanosa. Los suaves crujidos son los de las pocas cosas de las que debe desprenderse para estar desnuda y luego un ruido casi, imperceptible me advierte que el muro está abierto; de su cuerpo deben

haber desaparecido los «intrusos» necesarios pero «extraños».

Avanzo desnudo en la oscuridad y encuentro sus brazos y su boca y sus senos duros y plenos e infaliblemente hallo su sexo todo mojado y abierto y estoy dentro de ella. Sus gemidos amorosos carecen de control, su aristocracia la arrastra inconteniblemente al abandono animal, sin pudores estúpidos. Su voz ronca es la de una gata en el punto álgido del placer, secreto pero sin freno, completamente abandonada al sexo y con la avidez de una revancha violentísima contra la ofensa que ha sido inferida a su belleza. Jamás he sentido un humor más líquido y rico que el que salía de su sexo confiriendo al juego amoroso un frenético ritmo en una batalla de generosidad recíproca.

Venus renace tras la larga libido reprimida: es la fiebre alegre de una recuperación, la ascensión de un apetito legítimo que satisfacer sin equívocos, sin piedad, con la delicadeza y la violencia del amor…

… Un solemne sueño… Nos despiertan las sirenas, cuyo canto ahora nos parece dulce y casi protector.

La alarma ha cesado. La guerra se halla todavía lejana. Cojo en brazos a esta cuna de vida trémula. No me separo de su boca, mi lengua enlazada a la suya, hasta que no la dejo en el baño. Corro al salón para gozar con mi felicidad, espero una voz, vuelvo hacia ella, la cojo de nuevo en brazos, esta cosa ligera, de impagable valor, que me hace sentir orgulloso del secreto violado y poseído.

A partir de entonces el discurrir de los días es un «presto» musical… sus aparatos son objetos familiares… somos dos conjurados unidos por un pacto feliz que excluye a todos los «demás»… Sus labios vuelven a sonreír como exige su edad, su belleza, su sexo siempre abierto en un frenesí febril.

Somos una pareja que cruza la platea del teatro de la Scala con la soberbia de ser dos que se aman. Las miradas indiscretas y pesadas del público no hacen más que excitarnos, debemos contener la risa, nos pellizcamos los

brazos como confirmación de que «los demás» jamás podrán imaginar nuestra exultación. Asistimos al concierto, escuchamos la música, pero todo es un preludio de misterio y de ansiedad por nuestra cama.

Yo dentro de ella, ella echada sobre el hilo fresco de las sábanas… ella durmiendo… ella dándose la vuelta… la blancura del tejido perfila el contorno de sus nalgas redondas infantiles, la espalda discurre a lo largo de la hendidura lineal de su columna vertebral, los hombros soberanos se pierden en el marco de sus cabellos, una escultura de extraña perfección… así es mi Venus…

Llega una tarjeta roja… es una tarjeta del Real Ejército… primer destino Fossano, segundo destino frente ruso… la guerra ya no es algo lejano… se apodera de nosotros y nos arranca de la concha protectora de la casa… Una carta… dos cartas… sus respuestas se espacian cada vez más… también el correo empieza a ser un vehículo inexistente… las bombas ya no son gotas dispersas… son como enjambres de langostas que bajan del cielo…

En medio de las tormentas de nieve del frente ruso su imagen sentada ante el piano se convierte en una visión enmarcada, fija en el tiempo, de pronto lejanísima… La guerra con las montañas de muertos y la crueldad enseñoreándose de todo y el egoísmo y el altruismo de los héroes mártires y los agresores y los espías es una nube que ha oscurecido el cielo y la tierra.

Ahora la guerra ha terminado. Después de haber caminado durante algunos años a través de un recorrido laberíntico llego a mi ciudad. Ella ha sido raptada por un oficial británico, vive en Londres. Han nacido dos niños y son guapísimos.

(1980)

Notas

[1] Ahora descansarás para siempre,

Fatigado corazón mío… bastante has palpitado. < <

[2] Es decir *la-dó-mi-dó*, con lo que las notas musicales adquieren un doble sentido que queda desvirtuado en la traducción al castellano: «No me molestéis/no me toquéis/yo soy Cocó/lo doy me doy». (N. de la T.). < <

[3] Italiano caricaturizado por la dificultad de los alemanes al pronunciar algunos sonidos del italiano y por la reducción de la sintaxis: «Yo ya llegado/edad decrépita/a mí la mujer/vuelta insípida/por eso montar/mi velocípedo/¡y adelante!/¡de nuevo a Viena!». (N. de la T.). <<

[4] Abreviatura latina de *nobil uomo*: descendiente de familia noble pero desprovisto de títulos nobiliarios específicos. < <

[5] «… de suave licor los bordes de la copa…», Tasso, *Jerusalén libertada*. (N. de la T.). <<

[6] Canales navegables de Milán. (N. de la T.). <<